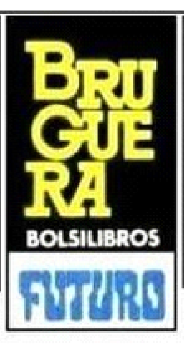


CONQUISTA DEL ESPACIO

OBJETIVO: DESTRUIR EL SOL

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



CONQUISTA ESPACIO

OBJETIVO: DESTRUIR EL SOL

Joseph Berna

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

666 — *T. E., el terrestre extra*, Frank Caudett.

667 — *¡Frío!,* Glenn Parrish.

668 — *El tirano de Doklo*, Joseph Berna.

669 — *El ojo de Dios*, Curtis Garland.

670 — *En busca del dinosaurio perdido,* Adam Surray.

JOSEPH BERNA

OBJETIVO: DESTRUIR EL SOL

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 671

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES CARACAS MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 13.871 -1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1983

2.ª edición en América: diciembre, 1983

imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N—152, Km 21.650) Barcelona — 1983

CAPITULO PRIMERO

La Tierra.

Año 2045.

El moderno vehículo volador se posó frente a la casa que la doctora Deborah Carey poseía en Acapulco. Una casa de dos plantas, muy bonita, rodeada de cuidado césped, hermosos setos, y preciosos macizos de flores.

El vehículo volador, de diseño esférico, era ligero y totalmente transparente. Sólo podían viajar dos personas en él, aunque quedaba espacio para cargar los posibles equipajes de ambos viajeros.

En este caso concreto, sólo viajaba una persona en el peculiar aparato. Se trataba de Matthew Bellwood, comandante de la *Vega-3001*, una de las más poderosas astronaves terrestres, habitualmente dedicada a la exploración espacial.

Hacía apenas un par de días que la *Vega-3001* había regresado de su último viaje, y todos los miembros de su tripulación gozaban de un merecido permiso.

Los viajes que realizaba la *Vega-3001* solían ser largos, así que era justo que, al regreso de cada uno de ellos, su comandante y el resto de la tripulación disfrutaran de un par de semanas de descanso, antes de emprender un nuevo viaje espacial.

Matthew Bellwood descendió del transparente vehículo volador y caminó hada la puerta de la casa. Era un comandante joven, ya que sólo contaba treinta y cuatro años de edad, pero en una gran experiencia, acumulada a lo largo de los numerosos viajes que había realizado por la inmensidad del Cosmos, en las más diversas astronaves.

La primera vez que formó parte de una tripulación espacial, tenía solamente dieciocho años, así que llevaba nada menos que dieciséis años explorando el Universo.

Lo conocía mejor que nadie.

Por eso, y a pesar de su juventud, los altos jefes de la Confederación Terrestre no dudaron en confiarle el mando de la *Vega-3001* tan pronto como la poderosa astronave estuvo lista para

realizar su primer viaje espacial.

Habían transcurrido dos años y algunos meses, desde entonces, y cada viaje realizado por la *Vega-3001*, había sido un éxito. Había tenido dificultades, naturalmente, y corrido peligros, pero todas esas situaciones de apuro habían sido magníficamente superadas por el comandante Bellwood y los miembros de su tripulación, haciendo honor a la confianza que los jefes de la Confederación Terrestre habían depositado en ellos.

Matthew Bellwood hizo sonar el timbre de la casa de la doctora Carey, miembro también de la tripulación de la Vega-3001. Deborah Carey había cumplido recientemente los veintiséis años, así que se trataba de una doctora joven, pero experta e inteligente.

Era, además, una mujer valiente, a la que no le importaba correr peligros muy lejos de la Tierra. Por eso había sido escogida para formar parte de la tripulación de la *Vega-3001*.

Matthew, que vestía un traje azul brillante, de una sola pieza, tan ajustado que dibujaba todos y cada uno de los músculos de su atlético cuerpo, tuvo que esperar casi un minuto.

Por fin, la puerta se abrió y una joven de rostro agraciado, que vestía uniforme de doncella, se dejó ver. El uniforme era tan corto, que exhibía totalmente las piernas.

Y vaya piernas...

Matthew se las examinó con descaro.

La chica se dio cuenta, claro, pero no se molestó por ello. Sabía que tenía las piernas bonitas y le halagaba que los hombres se las mirasen.

Especialmente, si se las miraba un hombre tan alto, tan fuerte, y tan apuesto como el que ahora tenía ante sí. La doncella era la primera vez que lo veía, así que no sabía que se trataba del comandante Bellwood.

«¡Qué morenazo, madre!», exclamó con el pensamiento.

Después, y exhibiendo su mejor sonrisa, preguntó:

—¿Qué desea, señor?

Matthew alzó los ojos y la miró a la cara.

—¿No te ruborizarás, si te lo digo...?

—Tengo veinte años, y dejé de ruborizarme a los catorce —respondió la chica, con pícaro gesto.

—Veamos si es verdad —sonrió también Matthew, y la abarcó por la cintura, besándola seguidamente en los labios.

La doncella, no protestó.

Es más, colaboró en el beso.

Matthew deslizó su mano por la firme cadera de la chica y le levantó el uniforme, para acariciarle los muslos y el trasero, brevemente cubierto por un pantaloncito rojo.

La doncella siguió sin protestar.

Matthew la acarició largamente, sin separar su boca de la de ella.

Cuando por fin lo hizo, la miró y dijo:

—Es cierto, no te has ruborizado.

—Ya soy una mujer —sonrió atrevidamente la joven, sin separarse de él.

—De eso me di cuenta en cuanto me abriste.

—Y sintió deseos de besarme y acariciarme, ¿eh?

—Sí.

—Ya ha visto que no he puesto objeciones.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Clara.

—Estaba equivocado, pues.

—No le entiendo.

—Siempre creí que eran mejores las yemas que las claras, pero tú me has sacado de mi error.

La doncella rompió a reír.

—¡Qué chiste tan bueno!

—Tú sí que eres buena, Clara.

—¿Porque se lo consiento todo?

—Ser complaciente es una gran virtud.

—No crea que lo soy con todo el mundo.

—¿Y por qué lo eres conmigo?

—Porque me gusta usted.

—¿De veras?

—Sí, es un hombre muy atractivo, por lo fuerte y por lo varonil. Y muy simpático, también.

—Tú también eres muy atractiva, Clara.

—¿No le gustaría echar una miradita por arriba...? —sugirió la chica, llevándose las manos al escote.

—¿Te refieres a la segunda planta de la casa?

La doncella rió de nuevo.

—¡Me refiero a mi busto!

—¡Oh, encantado! —rió también Matthew.

La chica se soltó un par de botones y se abrió el uniforme, dejando al descubierto sus senos, no demasiado grandes, pero firmes y armoniosos.

Matthew se los contempló, antes de acariciarlos.

La doncella compuso un gesto malicioso y preguntó:

—¿Qué, sigue pensando que son mejores las claras que las yemas...?

—¡Desde luego! —respondió Matthew, riendo, y tomó los bonitos pechos de la muchacha.

Se los besó los dos repetidas veces.

La doncella cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, emitiendo un gemido de placer.

De pronto, Matthew interrumpió el besuqueo de senos y preguntó:

—¿No nos sorprenderá la doctora Carey, Clara...?

Ella abrió los ojos de nuevo y le miró.

—Tranquilo, no hay peligro.

—¿Dónde está?

—En el jardín, tomando el sol junto a la piscina.

—¿En bikini?

—Sin nada.

Matthew respingó.

—¿Sin nada...?

—Siempre toma el sol así. Y yo también. Es la única manera de que todo se broncee.

—Claro.

—Bien, puede seguir. La doctora no nos sorprenderá.

—Por si acaso, será mejor que lo dejemos —carraspeó Matthew, y él mismo cerró el uniforme de la doncella, ocultando sus prietos senos.

Ella no pudo disimular su desilusión.

—¿Se ha cansado ya..?

—No, pero no puedo arriesgarme a que la doctora Carey interrumpa su baño de sol, abandone el jardín, y me pille besándote los pechos, porque se pondría muy furiosa.

—¿Quién es usted?

—Matthew Bellwood.

La doncella dio un fuerte respingo.

—¿El comandante Bellwood...?

—Sí.

—¡Mi madre! —exclamó la joven, abrochándose apresuradamente el uniforme.

—¿Qué te sucede, Clara...?

—¡Me he jugado el empleo! ¡Si la doctora Carey se entera de que he tonteado con usted, me despide!

—Tranquila, que yo no se lo diré. Tampoco a mí me conviene que sepa lo que ha pasado.

—Menos mal. Voy a decirle a la doctora Carey que está usted aquí, comandante Bellwood.

Matthew la cogió del brazo.

—Espera, Clara.

—¿No quiere que avise a la doctora…?

—No, prefiero darle una sorpresa. ¿Por dónde se llega al jardín?

—¡Que la doctora está desnuda, comandante Bellwood! —recordó la doncella, respingando.

—Mejor. Así la sorpresa será mayor —repuso Matthew, y se echó a reír.

CAPITULO II

Matthew Bellwood estaba en la puerta del jardín, contemplando desde allí a Deborah Carey.

La doncella había dicho la verdad.

Estaba tomando el sol junto a la piscina, echada en una tumbona, completamente desnuda. Se hallaba boca arriba, pero no vio al comandante de la *Vega-3001*, porque tenía los ojos cerrados.

Sobre el césped, junto a la tumbona, yacían las dos piezas del bikini de la doctora. Un bikini plateado, muy reducido, que sólo cubriría lo justo cuando Deborah lo llevase puesto.

Cerca del atrevido bikini yacía una bata de baño, corta y transparente. Y también una toalla.

Deborah Carey tenía el pelo castaño, largo y sedo do, un rostro bello, y un cuerpo sencillamente escultural, capaz de volver loco a un hombre.

Especialmente así, totalmente desnudo.

Y eso creyó Matthew Bellwood, que la visión de hermoso cuerpo de la doctora Carey le alteraba la razón, porque lo que ocurrió mientras la contemplaba fue realmente extraño.

Sucedió de pronto.

Bruscamente.

Sin la menor explicación.

El caso es que el cielo se había oscurecido, como si hubiera caído la noche repentinamente.

¡Y eran las once de la mañana!

¿Cómo era posible aquello...?

¿Qué clase de fenómeno estaba alterando el día, hasta el punto de hacerlo parecer la noche?

Matthew, naturalmente, dejó de mirar a la doctora Carey y levantó los ojos hacia el cielo.

Deborah había abierto los suyos al advertir que la luminosidad del día desaparecía de repente, como si una gran nube negra hubiera cubierto el sol.

No había tal nube negra, pero el astro rey había desaparecido.

La doctora Carey irguió su desnudo torso absolutamente perpleja.

Al igual que el comandante Bellwood, escrutó el cielo tratando de hallar una explicación lógica.

No la había.

Sencillamente, se había hecho de noche.

A las once de la mañana.

Y de repente.

¿Quién entendía aquello…?

Casi a continuación, tuvo lugar un segundo fenómeno, al parecer relacionado con el primero, pues era normal que la desaparición del sol trajera como consecuencia un descenso de la temperatura.

Y eso fue lo que sucedió.

La temperatura descendió.

Y bastantes grados en solo unos segundos.

Eso ya no era tan normal.

Estaban en pleno verano.

Y en un lugar tan cálido, además, como Acapulco.

No era lógico sentir frío.

Y frío sentía Deborah Carey.

En todo el cuerpo.

Instintivamente, recogió la toalla del suelo y se en volvió con ella, cubriendo su desnudez.

—¿Qué diablos está pasando…? —se preguntó en voz alta, sin dejar de observar el cielo.

No se atrevía a levantarse de la tumbona, a pesar de sentir frío.

Deborah tenía el presentimiento de que iba a suceder algo más, como consecuencia de la misteriosa desaparición del sol y del acusado descenso de la temperatura.

Matthew presentía lo mismo, y tampoco él se movía.

Continuaba en la puerta del jardín, escrutando e oscuro cielo.

También él sentía frío, aunque menos que la doctora, por ir vestido.

Pero reconocía que aquello no era normal.

No se podía sentir frío en Acapulco.

Ni siquiera de noche.

Era algo inexplicable.

Tan inexplicable como la repentina ocultación del sol y el oscurecimiento total del cielo, azul y despejado apenas unos minutos antes, cuando todavía lucía un sol radiante y la temperatura era alta, calurosa.

La doctora Carey todavía no había descubierto al comandante Bellwood. En realidad, ahora era bastante difícil, debido a la extraña oscuridad.

De haber sido de noche de verdad, las luces del jardín estarían encendidas, pero a las once de la mañana...

En el interior de la casa también se acusaban ambos fenómenos, el de la desaparición del sol y el del acusado descenso de la temperatura.

Al ver que por las ventanas dejaba de entrar la lógica claridad de la soleada mañana, Clara se asomó a una de ellas.

— ¡Pero si es de noche...! —exclamó, llena de estupor.

Se restregó con fuerza los ojos, por si acaso no veía bien, y volvió a mirar el cielo. Al comprobar que seguía oscuro, no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Me estaré quedando ciega, Señor...? ¡No puede ser de noche a media mañana! ¡Esta oscuridad no es normal! ¡Aquí está pasando algo gordo! ¿O me estará pasando soto a mí...?

La doncella se aterró y decidió correr hacia el jardín, en busca de la doctora Carey y del comandante Bellwood. Antes, sin embargo, se preguntó en voz alta:

—¿No será que me han trastornado los besos y las caricias del

morenazo...?

Justo en el instante en que se hacía la pregunta, empezó a sentir frío. Se tocó los muslos y comprobó que se le había erizado la piel.

¿Del miedo que tenía...?

¿Del frío que sentía..?

La doncella no lo sabía.

Sólo sabía que se estaba quedando helada.

¡Helada en pleno verano...!

Clara se aterrorizó aún más y gritó:

—¡No sólo me estoy quedando ciega! ¡También me estoy quedando sin calor en el cuerpo! ¡Esto debe de ser la muerte! ¡Me estoy muriendo...!

Sin dudarlo un segundo más, echó a correr hacia el jardín, en busca de ayuda. De no haberse dejado dominar por el pánico, se le habría ocurrido encender alguna de las luces y hubiera comprobado que no se estaba quedando ciega, que la oscuridad era real.

Extraña e inexplicable, pero verdadera.

Correr tan alocadamente, en la oscuridad, era bastante peligroso.

Podía tropezar en algo.

Y tropezó.

En una silla.

Clara dio un grito y cayó al suelo, propinándose un buen batacazo.

—¡No, si no me moriré de muerte natural! ¡Moriré de accidente! —barbotó, furiosa consigo misma

Se incorporó y reanudó la carrera, buscando el jardín.

Justo cuando lo estaba alcanzando, el cielo empezó a recobrar su luminosidad natural y la temperatura comenzó a subir.

La doncella, al darse cuenta de ello, se detuvo y exclamó:

—¡Estoy recobrando la vista! ¡Y el calor en el cuerpo! ¡No me voy

a morir...!

Un segundo después, le daba las gracias a Dios.

Y también a Santa Lucía, por lo de la vista.

CAPITULO III

Al oír gritar a la doncella, Deborah Carey se volvió hacia la puerta del jardín, descubriendo entonces al comandante Bellwood, lo que la obligó a respingar sobre la tumbona.

Todavía no había salido de una sorpresa, cuando se llevaba otra.

Esta de ahora, sin embargo, era mucho más agradable.

Si había respingado, es porque recordaba que se hallaba desnuda y envuelta en una toalla. Pero muy mal envuelta, porque no había recurrido a ella para cubrir sus más íntimos encantos, sino para protegerse un poco del frío.

Repuesta de esta segunda sorpresa, la joven y bella doctora se apresuró a envolverse bien con la toalla y luego se levantó de la tumbona con cierto nerviosismo.

Y eso que el comandante Bellwood no la estaba mirando a ella, sino a Clara. Se había girado al oírla gritar y ya le estaba preguntando a la doncella:

—¿Por qué pensabas que te ibas a morir, Clara...?

—¡Me estaba quedando ciega, comandante Bellwood! —respondió ella, bailoteando nerviosamente, porque seguía con el susto metido en el cuerpo.

—¿Ciega...?

—¡Sí, lo veía todo oscuro, como si fuera de noche! Y tenía frío, mucho frío! ¡Creí que había llegado mi hora, comandante! ¡Tóqueme las piernas y verá! ¡Todavía las tengo frescas!

Matthew carraspeó.

—No es necesario, Clara. Yo también he sentido frío.

—¿De veras...?

—Sí. Y lo he visto todo oscuro, como tú.

—Entonces, no era cosa de mis ojos...

—No, el sol desapareció durante unos minutos y se hizo de noche —explicó Matthew.

—¡Y yo que le estaba dando las gracias a Santa Lucía, por haberme devuelto la vista!

Mathew rió.

—No la habías perdido, Clara —dijo, y bajó al jardín, caminando hacia Deborah Carey.

Ella salió a su encuentro, con la toalla bien apretada.

—Qué sorpresa, comandante Bellwood —dijo, sonriéndole.

—¿Se refiere a mi visita, doctora Carey, o a lo que acaba de pasar? —preguntó Mathew, tendiéndole la mano.

Deborah se la estrechó.

—Me refería a su presencia en mi casa, comandante, aunque las dos cosas me han sorprendido bastante.

—Luego le hablaré de mi visita. Ahora, hablemos de lo que ha sucedido. ¿Qué cree que ha podido ocurrir, doctora...?

—No tengo la menor idea. ¿Y usted, comandante...?

—Tampoco. Porque, pensar en un posible eclipse total de sol... Ni estaba previsto, ni hubiera producido un descenso tan acusado de la temperatura.

—No fue un eclipse, desde luego. Fue algo mucho más serio. Yo llegué a asustarme, lo confieso. Jamás había presenciado nada igual.

—Tampoco yo.

—Clara también se asustó, ¿verdad?

Matthew se volvió un momento hacia la puerta del jardín, pero la doncella ya no estaba.

—Mucho —respondió, sonriendo—. Creyó que se estaba quedando ciega y que se iba a morir, al sentir frío.

—Pobre Clara —rió Deborah.

—Es una joven simpática.

—¿Por qué no me avisó de su llegada?

—¿Yo?

—No, Clara. Debió decirme que había venido usted.

—Quiso hacerlo, pero yo le pedí que no la avisara.

—¿Por qué?

—Quería darle una sorpresa, doctora.

—Y me la dio. Pero aún hubiera sido mayor si llega a entrar en el jardín antes de que el cielo se oscureciera.

—¿Por qué, doctora?

—Estaba tomando el sol desnuda.

—Lo sé.

—Se lo dijo Clara, ¿eh?

—Sí.

—Menos mal que llegó cuando todo estaba oscuro.

—Todavía no lo estaba.

—¿Eh?

—Cuando se hizo de noche, yo llevaba un par de minutos en la puerta del jardín —confesó Matthew.

Deborah se puso nerviosa.

—¿Quiere decir que me vio desnuda, comandante...?

—Sí, tuve esa suerte.

—No debió espiarme, comandante Bellwood.

—Por favor, no emplee una palabra tan fuerte.

—¿Cómo llamaría usted a lo que estaba haciendo?

—Admirando la belleza y perfección de su cuerpo, doctora Carey.

—No debió hacerlo.

—¿Está enfadada porque la vi desnuda...?

—Sí.

—Estamos en el siglo XXI, doctora.

—Como si estuviéramos en el XXV.

—Usted me ha visto desnudo a mí. Y más de una vez.

—Yo soy médico.

—¿Y qué?

—Pues, que tenía la obligación de reconocerle, lo mismo que a los demás miembros de la tripulación.

—Eso no cambia las cosas. El hecho es que usted me ha visto a mí desnudo, y yo también la he visto desnuda a usted, así que estamos en paz.

Deborah apretó los labios.

—Le voy a echar una buena reprimenda a esa charlatana de Clara.

—¿Por qué?

—No debió decirle que yo estaba tomando el sol desnuda. Y menos aún, permitirle llegar hasta aquí sin avisarme antes.

—No la riña a ella, doctora. La culpa es toda mía.

—Pero a usted no puedo reñirle.

—¿Por qué no?

—Es mi superior.

—A bordo de la *Vega-3001*, sí, pero no aquí. Estamos en su casa, doctora Carey, y puede usted echarme de ella, si quiere.

—Yo jamás haría eso, aunque no fuese usted mi superior.

—¿Puedo quedarme, entonces…?

—¿Quedarse?

—A eso he venido, doctora Carey. A pasar unos días en su casa.

—Unos días… —repitió quedamente Deborah.

—Si no le molesta, claro.

—¿Por qué iba a molestarme?

—Como pone esa cara…

—Es la sorpresa, comandante. No me había dicho usted nada.

—Lo pensé de pronto, doctora. No sabía dónde pasar estos días de

descanso. De repente, me acordé de usted y… En fin, aquí estoy.

—Sí, aquí está.

—Me gusta Acapulco, doctora Carey.

—Ya.

—Y me gusta usted.

—Es la primera vez que Se lo oigo decir.

—En la *Vega-3001* no podía decírselo.

—¿Por qué?

—El comandante de una astronave no debe dedicarse a conquistar a las mujeres de la tripulación.

—¿Debo entender que ha venido a mi casa a eso, a intentar conquistarme…?

—Así es.

Deborah Carey no pudo reprimir una sonrisa.

—Bueno, al menos es usted sincero, comandante Bellwood.

—Es mi mayor virtud, la sinceridad —aseguró Mathew, cogiéndola por los desnudos hombros.

Como la doctora no dijo nada, intentó besarla en los labios.

No pudo, porque ella le puso la mano en el pecho y le frenó.

—No vaya tan de prisa, comandante.

—Creí que ya la tenía conquistada.

—No le va a ser tan fácil.

—Bueno, aún dispongo de trece días.

—Piensa pasarlos todos en mi casa…?

—Esa es la intención, pero si a usted no le parece bien, me instalaré en un hotel.

—Olvídelo.

—¿Lo del hotel o lo otro?

—Lo del hotel, hombre.

—Gracias, doctora —sonrió Matthew, y la besó fugazmente en los labios.

—Lo ha conseguido porque me ha pillado descuidada. De ahora en adelante, estaré en guardia permanente y tendrá muchas dificultades para besarme de nuevo —advirtió Deborah.

Matthew rió y dijo:

—¿Qué le parece si me pongo el bañador y nos damos una zambullida en su hermosa piscina?

—No es mala idea.

—Vuelvo en seguida, doctora.

—Aquí estaré.

Matthew echó a correr hacia la puerta del jardín.

Deborah lo siguió con la mirada, mientras se decía que el comandante Bellwood era muy distinto fuera de la *Vega-3001* que dentro de ella.

Pero que muy distinto.

* * *

Cuando Matthew Bellwood regresó, Deborah Carey lucía ya su diminuto bikini plateado. Después de observarla de arriba abajo, dijo:

—Me gusta más así que con toalla, doctora.

—Claro. Y sin bikini le gusto más que con bikini.

—Cierto.

—Me está resultando usted un sinvergüenza, comandante Bellwood.

—Soy un hombre, doctora. Y me gustan las mujeres. De manera especial, usted —aseguró Matthew, alargando los brazos hacia la cintura femenina.

Deborah dio un salto hacia atrás y no se dejó atrapar.

—Será mejor que nos zambullamos, comandante. Creo que necesita usted refrescarse.

—La pasión que despierta usted en mí, con ese bikini tan insignificante, no se enfriaría ni en el Polo Norte —repuso Matthew, que seguía en plan conquistador.

—¡Al agua! —insistió Deborah, dándole un empujón

Como se hallaban muy cerca de la piscina Matthew cayó en ella y se hundió momentáneamente.

Deborah se lanzo a continuación, sumergiéndose también.

Matthew la vio y nadó hacia ella, intentando atraparla.

La doctora trató de escabullirse, nadando como un pez, pero el comandante Bellwood era un auténtico delfín bajo el agua y no tardó en agarrarla por las piernas.

Deborah luchó con él, más en broma que en serio.

En el forcejeo, perdió la pieza superior del bikini.

Matthew la abrazó y la besó en la boca.

La doctora dejó de forcejear.

No quería perder la otra pieza del bikini

¿O sí quería..?

Ni ella misma lo sabía.

Así, abrazados y con las bocas unidas, emergieron, porque el aire se les acababa.

Se miraron a los ojos.

Matthew fue a decir algo, pero justo en ese momento su reloj digital, que era a la vez un sofisticado telecomunicador, empezó a emitir la señal de llamada.

Una llamada que sólo podían hacerle los altos jefe de la Confederación Terrestre, por lo que Matthew frunció el ceño, pues tenía el presentimiento de que sus dos semanas de permiso peligraban.

Y no se equivocó.

CAPITULO IV

Matthew Bellwood no tuvo más remedio que soltar a Deborah Carey, para atender la inoportuna llamada de sus superiores.

—Discúlpeme un momento, doctora.

—No se preocupe —aseguró ella, que no parecía en absoluto enfadada por la pérdida del sujetador de su bikini ni por el abrazo, ni por el beso.

Y prueba de ello es que no intentó recuperar la pieza superior del bikini, continuó con el torso desnudo, manteniéndose a flote junto al comandante Bellwood.

Mathew pulsó el botoncito correspondiente y el pequeño telecomunicador dejó de emitir la señal de llamada, al tiempo que la diminuta pantalla se iluminaba en ella el rostro preocupado del general Watson.

—Hola, comandante Bellwood.

—¿Que tal general Watson?

—Dónde se encuentra en estos momentos?

—En Acapulco.

— Acapulco...?

—Si, he venido a visitar a la doctora Carey. Estoy en su casa. Nos ha pillado a los dos en la piscina.

—Lamento interrumpir su baño, comandante Bellwood, pero necesito verle urgentemente.

—¿Me está ordenando que regrese a Washington...?

—Sí, lo antes posible.

Matthew, tras cambiar una mirada con la doctora Carey, volvió a clavar los ojos en la pantalla de su reloj telecomunicador.

—¿Qué ha ocurrido, general Watson?

—Se lo explicaré cuando llegue.

—¿Tiene algo que ver con la especie de eclipse solar que hemos tenido hace un rato en Acapulco...?

—En Acapulco, y en medio mundo.

—¡En medio mundo! —exclamó Matthew, respingando en el agua

—Así es, comandante Bellwood. En la mitad del planeta donde era de día se hizo repentinamente de noche y descendió notablemente la temperatura.

—Entonces, no fue un eclipse solar.

—No, fue algo mucho más grave. Y se repetirá, si no lo impedimos.

—¿Cómo podemos impedirlo, general?

—Localizando a los culpables.

—¿Culpables...?

El general Watson guardó silencio.

No quería seguir hablando del asunto.

Matthew lo sabía, pero insistió:

—¿Los culpables de qué, general Watson?

Matthew lo sabía, pero insistió:

—¿Los culpables de qué, general Watson?

El alto jefe de la Confederación Terrestre no pude contenerse y respondió:

—Del ataque al Sol.

* * *

Matthew Bellwood abrió la boca como un idiota.

Lo mismo hizo Deborah Carey.

Ninguno de los dos podía creer lo que había dicho el general Watson.

¡Ataque al Sol!

Había afirmado que el astro rey había sido atacado!

¡Era inaudito!

El general Watson se dejó oír de nuevo:

—Le ruego que salga inmediatamente hacia aquí, comandante Bellwood. Y traiga con usted a la doctora Carey. Los necesito a los dos. En realidad, necesito a la tripulación de la *Vega-3001*. Tienen que realizar una misión. La más importante de las realizadas ahora. Y también la más difícil y la más peligrosa. Nada menos que evitar la destrucción del Sol. Les espero, comandante Bellwood.

El alto jefe de la Confederación Terrestre cortó la comunicación y su imagen desapareció de la pequeña pantalla del reloj telecomunicador.

Maquinalmente, Matthew Bellwood pulsó el otro botón del reloj y la pantallita se apagó.

Después, miró a Deborah Carey. La doctora seguía tan estupefacta como él.

—Salgamos de la piscina, Deborah —murmuró Matthew, y nadó hacia el dique.

Ella le imitó.

Matthew alcanzó el dique, se aupó, y se sentó en él.

Deborah hizo lo propio.

Ni parecía acordarse de que llevaba los pechos al aire.

—El general Watson quiere que evitemos la destrucción del Sol... —musitó.

—Sí, eso dijo —respondió Matthew, en tono quede también.

—¿Cómo es posible que alguien desee destruir el Sol, comandante Bellwood...?

—No lo sé, doctora.

—¿Y se puede destruir...?

—Así parece.

—¿Cómo? ¿Con qué clase de arma?

—No tengo la menor idea, doctora. Lo que sí sé, lo mismo que usted y que todos, es que la vida en Tierra depende total y absolutamente de la energía que recibimos del Sol. Si nuestra estrella es destruida, será el fin de todo. Personas, animales, vegetación... Todo morirá, porque la Tierra, sin el calor del Sol, se convertirá en un

planeta terriblemente frío, helado, como lo son Urano, Neptuno y Plutón, los planetas más alejados del Sol. En ellos, bien lo sabe usted, el hielo lo cubre todo. Toneladas y toneladas de hielo. Lo mismo sucedería en la Tierra, si el Sol deja de existir.

Deborah Carey se estremeció visiblemente.

—No me entra en la cabeza que alguien desee…

—A mi tampoco, doctora. Pero, cuando el general Watson lo afirmó, es porque tiene pruebas de ello.

—No lo dudo.

—Bien, tendremos que vestirnos, doctora Carey. Hemos de salir en seguida hacia Washington, ya lo oyó.

—Sí, no debemos perder tiempo.

Matthew le pasó el brazo por los hombros, todavía mojados, como el resto de su cuerpo.

—No he tenido suerte, doctora.

—¿A qué se refiere, comandante?

—No voy a disponer de tiempo para conquistarla. Y el caso es que la cosa iba por buen camino.

Deborah sonrió coquetamente.

—¿Usted cree…?

—La tenía en mis brazos, cuando el general Watson me llamó.

—Porque me había atrapado bajo el agua. Y perdí el sujetador del bikini, por su culpa.

Matthew le miró los senos, perfectamente redondos, erguidos, desafiantes.

—La prenda estaba de más, doctora —dijo, atreviéndose a acariciarlos con suavidad.

Deborah acusó el hábil contacto de la mano masculina.

—Es usted un tipo muy descarado, comandante.

—Y usted una mujer muy hermosa, doctora —respondió Matthew, antes de besarla en los labios con pasión.

Tan sólo unos segundos después, sucedía de nuevo.

El cielo había vuelto a oscurecerse de repente.

¡El Sol había sufrido un segundo ataque!

CAPITULO V

Matthew Bellwood interrumpió el beso y las caricias al advertir la repentina oscuridad..

—¡Ha sucedido otra vez! —exclamó, observando el cielo.

Deborah Carey miró también hacia arriba, estremecida.

—¡Es otro ataque al Sol comandante!

—¡En píe, doctora Caney! ¡Tenemos que salir disparados hacia Washington!

—¡Sí!

Se irguieron los dos con rapidez y corrieron hacia la puerta del jardín. Como la temperatura ya había empezado a descender de forma notable. Deborah no olvidó recoger la toalla del suelo y se envolvió con ella, mientras corría.

Cuando entraron en la casa, chocaron con alguien que corría hacia el jardín.

Era Clara, la doncella.

La pobre cayó de espaldas y quedó con las piernas en alto.

—¡Qué día llevo, madre! —exclamó, tras el batacazo.

—¡Es Clara! —dijo Deborah.

—Lo siento, preciosa —dijo Matthew, ayudándola a ponerse en pie.

—¡Se ha hecho nuevamente de noche, comandante Bellwood! ¡Y vuelve a hacer frío! —gritó la doncella, aterrada.

—No te asustes, Clara. Es sólo un fenómeno meteorológico que se ha repetido. Pronto será nuevamente de día y la temperatura volverá a subir.

—¿Seguro...?

—Sí, no te alarmes, Clara —dijo Deborah.

—Encienda alguna luz, doctora —pidió Matthew.

Deborah encendió las del jardín y luego hizo lo propio con las de la casa, acabando con la oscuridad.

Clara, que se había abrazado al comandante Bellwood, se apresuró a separarse de éste, para que la doctora Carey no le llamara la atención.

Deborah dijo:

—No apagues las luces cuando se haga nuevamente de día, Clara, porque es probable que esto suceda más veces.

—¿Cómo lo sabe, doctora Carey?

—Nos lo acaban de informar desde Washington, Y nos han mandado llamar, así que tenemos que irnos.

—¿Irse...? —respingó la doncella.

—Sí, ahora mismo. En cuanto nos vistamos.

Clara la agarró de un brazo.

—¡No quiero quedarme sola, doctora Carey!

—No seas niña, Clara.

—¡Tengo miedo! ¡Están pasando unas cosas muy raras!

Matthew intervino:

—Es un fenómeno meteorológico, ya te lo he dicho.

—¡Pues a mí no me gustan los fenómenos, comandante Bellwood! ¡Ni meteorológicos ni de los otros!

—Vamos, cálmate —sonrió Matthew—, No corres ningún peligro, te lo aseguro.

La doncella iba a insistir en que no quería quedarse sola en la casa, cuando el cielo volvió a iluminarse al dejarse ver de nuevo el sol, con lo que la temperatura empezó a subir con rapidez.

—¡Vuelve a ser de día! —exclamó Clara, dando un salto de alegría

—¿No te lo dije? —sonrió Matthew.

—No perdamos un minuto más, comandante —apremió Deborah —. Corramos a vestimos.

—Si, doctora.

Se alejaron rápidamente los dos, dejando sola a la doncella

Clara no se atrevió a detenerles.

El hecho de que volviera a ser de día y la temperatura hubiera vuelto a la normalidad, le hacia sentirse un poco mejor.

* * *

El vehículo volador de Matthew Bellwood se dirigía ya hacia Washington, a gran velocidad. La distancia a recorrer era mucha pero con un vehículo tan moderno y tan veloz como aquél se salvaría en poco tiempo.

Era como viajar en una pequeña nave.

Y Matthew era un extraordinario piloto.

La doctora Carey lo sabía y se sentía segura viajando con él, a pesar de la velocidad que desarrollaba el transparente vehículo volador, capaz de impresionar a cualquiera que no estuviese acostumbrado.

Deborah se había puesto un traje amarillo, de una sola pieza, tan ajustado como el que llevaba Matthew, por lo que sus espléndidas formas de mujer en la plenitud de su belleza quedaban perfectamente destacadas.

Antes de llegar a Washington, el Sol sufrió un nuevo ataque, por lo que el cielo se oscureció por tercera vez y la temperatura descendió de nuevo.

Matthew y Deborah se miraron, visiblemente preocupados.

Y es que ambos se preguntaban lo mismo.

¿Cuántos ataques resistiría el Sol…?

¿Qué daño sufriría en cada uno de ellos…?

¿Conseguirían sus misteriosos atacantes destruirlo antes de ser localizados…?

Las colosales dimensiones del Sol, con un diámetro de casi 1.400.000 kilómetros y un volumen de más de un millón de veces el de la Tierra, hacían concebir esperanzas de que soportase durante algún tiempo los terribles ataques que estaba sufriendo.

Poco después, Matthew y Deborah llegaban a Washington.

Sin perder un solo segundo, descendieron del vehículo volador y se trasladaron al despacho del general Watson, al que encontraron revisando un informe que constaba de varios folios.

En la carpeta correspondiente, podía leerse: «Los enemigos del Sol».

Matthew y Deborah sintieron sendos escalofríos al fijarse en el rótulo de la carpeta.

El general Watson, de cuarenta y cinco años de edad, dejó el informe sobre la mesa al verlos entrar y se puso en pie. Era un hombre bastante alto, fornido, de facciones enérgicas.

—Veo que no se han entretenido, comandante Bellwood —dijo, sonriendo levemente.

—Hemos venido lo antes posible, general Watson.

—Se lo agradezco mucho. Tomen asiento, por favor —rogó el jefe de la Confederación Terrestre.

Matthew y Deborah se sentaron y el general Watson ocupó de nuevo su sillón, diciendo:

—Habrán visto que los ataques al Sol se suceden, comandante Bellwood.

—¿Quién quiere destruirlo, general? —preguntó Matthew.

Watson tomó de nuevo el informe.

—Aquí lo dice. Es un informe antiguo, muy antiguo. Nada menos que del año 2011.

Matthew y Deborah cambiaron una mirada, sorprendidos.

—¿El año 2011, general...? —murmuró el primero.

—Sí, comandante. En ese año ocurrió lo mismo que está pasando ahora. El Sol se ocultaba de pronto, se oscurecía el cielo, y la temperatura bajaba considerablemente. El sorprendente fenómeno

meteorológico no tenía explicación para nadie, excepto para una persona. Se llamaba Gerald Hayes, era un prestigioso astrónomo, y vivía en Miami. Y digo vivía porque murió en esos días del año 2011. Descubrir la verdad de lo que estaba pasando, le costó la vida. Lo mataron los enemigos del Sol.

—¿Quiénes son los enemigos del Sol, general Watson? —preguntó Matthew.

—Unos seres extraños, procedentes de algún lejano planeta. Son pequeños, ya que miden apenas un metro veinte centímetros de estatura, tienen el cuerpo blanco como la nieve, y parecen estar hechos de hielo, ya que se funden como un helado al sol en cuanto reciben calor. Por lo visto, sólo pueden vivir en ambientes terriblemente gélidos. Fuera de ellos, deben protegerse con una especie de trajes de plástico, absolutamente herméticos y transparentes. Así descendieron a la Tierra y mataron al profesor Hayes. Por suerte, ellos también murieron. Su nave fue destruida por las nuestras, en feroz combate, y perecieron todos sin que se pudiera saber por qué deseaban destruir el Sol ni de qué mundo procedían. Desde entonces, el Sol no había sido atacado de nuevo. Hasta hoy, treinta y cuatro años después. Por eso sabemos que esos extraños seres han vuelto. Y con el mismo objetivo de entonces: destruir nuestro Sol.

Matthew Bellwood, tras unos segundos de silencio, preguntó:

—¿Cómo logró averiguar el profesor Hayes que el Sol estaba siendo atacado por seres de otro mundo, general?

—Era un hombre muy inteligente. Tras el primer oscurecimiento del cielo y el consiguiente descenso de la temperatura, dos personas fueron a verle a su casa, para que les explicara lo que había sucedido, si es que él lo sabía. En realidad, los enemigos del Sol pudieron ser destruidos gracias a esas dos personas. Se trataba de Kurt Lang, un popular presentador de televisión, y Vanessa Ballard, una joven y bella secretaria. Ambos se encontraban de vacaciones en Miami. Kurt Lang conocía al profesor Hayes. Por eso fueron a verle. Encontraron al astrónomo nervioso, pálido, asustado… Al principio, no quería hablarles de sus sospechas, pero Lang insistió y el profesor Hayes tuvo que confesarles que pensaba que alguien quería destruir el Sol, que nuestra estrella había sido atacada con un arma poderosa y desconocida. Al recibir el impacto, por llamarlo de algún modo, el Sol se oscureció y en La Tierra dejamos de recibir su luz. También perdió calor de forma considerable, lo que ocasionó el brusco descenso de la temperatura en nuestro planeta.

El general Watson hizo una breve pausa y continuó:

—Afortunadamente, el Sol es una estrella poderosa. La temperatura de su fotosfera ([1]) alcanza los seis mil grados Kelvin ([2]), pero su región central, sometida a enormes presiones, alcanza temperaturas de hasta veinte millones de grados. Esta es la razón de que se normalizara todo en sólo unos minutos y volviesen la luz y el calor. El ataque soto afectó la cromosfera ([3]) y la fotosfera, dejando intacta, o casi intacta, la región central.

El profesor Hayes hizo esta puntualización porque, cuando el Sol volvió a brillar en el cielo, la temperatura en la Tierra ya no fue la misma El termómetro marcó tres grados menos que antes de que el Sol sufriera el misterioso ataque. Y lo mismo ha sucedido hoy. Después de cada ataque, cuando todo volvía a la normalidad, la temperatura se quedaba dos o tres grados por debajo de lo que los termómetros marcaban antes de producirse el ataque. En Washington hemos perdido en total ocho grados.

—Es decir, que el Sol ha perdido calor, después de cada ataque… —murmuró Deborah.

El general Watson asintió con la cabeza.

—Así es, doctora Carey. Poco, pero ha perdido calor. Y perderá mucho más si los ataques continúan y afectan su región central. Sería el comienzo de su destrucción.

—No lo permitiremos, general —dijo Matthew—. Localizaremos a esos malditos seres y los destruiremos, antes de que ellos destruyan nuestro Sol.

—Esa será su misión, comandante Bellwood. Y, si es posible, antes de acabar con ellos averigüe de dónde proceden, por qué quieren destruir el Sol, y qué clase ce arma utilizan.

—Lo intentaré, general —prometió Matthew, deseo so ya de enfrentarse a los enemigos del Sol.

CAPITULO VI

Como todos los miembros de la tripulación *Vega-3001* habían recibido la orden de presentarse urgentemente en Washington, la poderosa astronave terrestre pudo despegar aquella misma tarde.

Nadie, con excepción del comandante Bellwood y la doctora Carey, sabía lo que ocurría. Sólo sabían que el cielo se había oscurecido repentinamente por tres veces y que la temperatura, en esos momentos, descendió considerablemente.

Sabían, también, que se les había terminado el permiso cuando apenas habían empezado a disfrutar de él, claro, pero todos los componentes de la tripulación de la *Vega-3001*, formada por catorce hombres y diez mujeres, eran personas responsables y habían acatado la orden sin rechistar.

Intuían que, si se les llamaba con tanta urgencia, es porque tenían alguna misión importante que cumplir. Y quien más quien menos sospechaba que la misión estaba relacionada con el repetido e inexplicable oscurecimiento del cielo en plena mañana y el sorprendente descenso de la temperatura.

Lo habían comentado entre ellos, a bordo ya de la *Vega-3001*, y mientras aguardaban la llegada del comandante Bellwood. Cuando éste hizo acto de presencia, acompañado de la doctora Carey, los miembros de la tripulación le acosaron a preguntas.

De manera especial, Lyon Reding, segundo de a bordo.

Tenía veintiocho años de edad, el pelo rubio, los ojos azulados y las facciones simpáticas. Era casi tan alto como Matthew Bellwood, pero más delgado. Vestía un traje rojo, brillante y ajustado.

El comandante Bellwood, por el momento, no respondió a ninguna pregunta, porque le urgía que la *Vega-3001* despegase cuanto antes. Prometió, no obstante, que en cuanto la astronave partiese informaría a todos de la misión que les había sido encomendada.

Y así lo hizo, cuando ya la *Vega-3001* se alejaba de la Tierra, en busca de la nave o naves de los enemigos del Sol.

Los miembros de la tripulación, reunidos en el puente de mando, quedaron impresionados al saber que el Sol estaba siendo atacado por seres de otro mundo y que ésa había sido la causa del repetido oscurecimiento del cielo en pleno día y del acusado descenso de la temperatura.

Todos ellos eran jóvenes.

Ninguno había nacido todavía en el año 2011, así que nadie había vivido el anterior ataque de los enemigos del Sol. Y como el hecho no se divulgó, para no atemorizar a la población terrestre, lo sucedido en el año 2011 quedó como un extraño e inexplicable fenómeno meteorológico.

Tras las explicaciones de Matthew Bellwood, en el puente de mando reinó un silencio absoluto. Los miembros de la tripulación se miraban unos a otros, sin atreverse a hablar.

Por fin, Lyon Reding se atrevió a romper el silencio:

—¿Cómo se puede destruir una estrella tan enorme y tan poderosa como nuestro Sol, comandante...?

—No lo sé, Lyon. El caso es que acusa los ataques de esos extraños seres. No sólo se oscurece durante algunos minutos, sino que pierde calor. Y si lo sigue perdiendo, se convertirá primeramente en una estrella roja. Todos sabéis que el color de las estrellas indica, de un modo bastante aproximado, su temperatura. Las estrellas azules están extremadamente calientes; las rojas, en cambio, están relativamente frías. Las amarillas, caso del Sol, son de características intermedias entre las azules y las rojas.

—¿Y qué pasara si esos seres convierten nuestro Sol en una estrella roja, comandante...? —preguntó uno de los hombres más corpulentos de la tripulación.

—Todo moriría igualmente en la Tierra, Mitch.

—¿Y no será eso lo que los extraterrestres quieren en realidad, que no haya vida en la Tierra...? —observó otro hombre de la tripulación, de raza negra, muy fornido también.

Matthew movió la cabeza.

—No lo creo, Sandro. Si esos seres desearan destruirnos, atacarían la Tierra, no el Sol.

—Nosotros podemos defendemos, comandante. Y el Sol, no —puntualizó una de las mujeres de la tripulación, rubia, de rostro atractivo y cuerpo bien formado—. Quizá por eso hayan preferido atacar nuestra estrella, sabiendo que, destruyéndola o convirtiéndola simplemente en una estrella roja, destruirán también cualquier clase de vida en nuestro planeta.

—Eso es cierto, Katja —repuso Matthew—. Y si nos encontráramos en el año 2001, cuando esos seres atacaron por primera vez el Sol, yo pensaría como tú. Ahora, es diferente. Como ya sabemos lo que pasó entonces, no podemos pensar en extraños fenómenos meteorológicos. Sabemos que el Sol está siendo atacado de nuevo. Y sabemos también por quién, por lo que los extraterrestres ya deben suponer que no vamos a quedarnos con los brazos cruzados mientras ellos destruyen nuestro Sol. Saben que trataremos por todos los medios de impedir que destruyan nuestra estrella, así que, si realmente desearan acabar con toda clase de vida en la Tierra, esta vez no hubieran atacado al Sol, sino nuestro planeta.

—¿Y por qué demonios querrán destruir el Sol? —se preguntó otra mujer de la tripulación, morena, muy bonita y deseable, también —, ¿Qué daño les hace a ellos nuestra estrella...?

No lo sé, Rowena. Pero es evidente que algo tienen esos seres contra el Sol, cuando quieren destruirlo, desde luego, son enemigos del calor, ya os lo he explicado. Sus cuerpos parecen de hielo y no lo resisten. Se derriten en un ambiente no ya caluroso, sino simplemente cálido. En la Tierra, por ejemplo, no podrían vivir. Parece que necesitan estar a bastantes grados bajo cero, para poder desenvolverse con normalidad.

—Pues que se vuelvan a su gélido mundo y dejen en nuestro Sol, qué diablos —rezongó Reding, el segundo de a bordo.

—¡Eso! —exclamó Mitch.

—No se volverán —dijo la rubia Katia.

—¡Pues peor para ellos, porque los destruiremos! —exclamó Sandro.

—¡Seguro! —dijo Rowena

Matthew sonrió.

—Desde luego que los destruiremos, muchachos. Esa es nuestra misión, y la vamos a cumplir, por difícil peligrosa que sea. La Vega-3001 no ha fallado nunca, siempre ha llevado a cabo las misiones que nos fueron confiadas ¡Y esta vez no será una excepción!

Los Miembros de la tripulación prorrumpieron en aplausos.

—¡Viva el comandante Bellwood! —gritó alguien.

—¡Viva...! —respondieron al unísono todos los demás.

—¡Viva La *Vega-3001*!

—¡Viva...!

—¡Viva la Tierra!

—¡Viva...!

—¡Y viva nuestro Sol!

—¡Viva...!

Matthew Bellwood se echó a reír, orgulloso de los miembros de su tripulación, y luego ordenó que cada cual ocupara su puesto, porque tal vez entraran mi pronto en combate.

* * *

La *Vega-3001* había partido de la Tierra en dirección al Sol.

El comandante Bellwood tenía intención de acercarse todo lo posible al astro rey, pues, en buena lógica, los ataques de los seres que deseaban destruirlo debían ser lanzados desde algún punto próximo a la estrella.

Relativamente próximo, claro, porque era peligroso acercarse demasiado al Sol.

La *Vega-3001* desarrollaba una fantástica velocidad, por lo que muy pronto dejó atrás el planeta Venus.

Después, fue Mercurio el planeta que quedó atrás.

La poderosa astronave terrestre siguió aproximándose al Sol.

Al acercarse más, y gracias a la cámara telescópica, extraordinariamente potente, el comandante Bellwood y los miembros de la tripulación que se hallaban en el puente de mando pudieron descubrir unas manchas oscuras en la fotosfera del Sol.

Lyon Reding señaló la pantalla telescópica.

—Fíjese en eso, comandante.

—Lo estoy viendo, Lyon.

—¿Qué son esas manchas oscuras?

—Los efectos de los ataques que ha recibido el Sol.

—Dios mío… —se estremeció la doctora Carey, que también se hallaba presente en el puente—. Por eso ha perdido calor.

—Claro —asintió Matthew—, Y ojalá los impactos sólo hayan dañado la fotosfera, y no la región central.

—El arma que utilizan esos condenados seres debe ser terrible, comandante —murmuró Reding

—Por supuesto.

—Tendremos que llevar mucho cuidado, pues, o esos malditos harán estallar nuestra astronave en pedazos —mascullò el segundo de a bordo.

—No les será fácil, Lyon. Como muy bien dijo Katia, el Sol no puede defenderse, pero nosotros sí. Y muy eficazmente, además, porque tuvimos la suerte de que nos confiaran la mejor de las astronaves terrestres. No hay otra cosa como la *Vega-3001*. Y se lo demostraremos a los extraterrestres, en cuanto los encontremos.

Todavía flotaban en el aire las palabras de Matthew Bellwood, cuando el radar detectó la presencia de seis cuerpos que surcaban el espacio sideral a gran velocidad.

Podían ser naves extraterrestres.

O misiles.

Sandro, que era quien tenía a su cargo la vigilancia del radar, respingó en su sillón y gritó:

—¡Nos atacan, comandante!

CAPITULO VII

Matthew Bellwood se precipitó literalmente sobre la pantalla del radar, siendo imitado por Lyon Reding y la doctora Carey. Descubrieron los seis puntos intermitentes que detectaba el radar de la *Vega-3001*, de largo alcance.

Las naves extraterrestres, los misiles, o lo que fuera, aún estaban lejos, por lo que no había motivo para alarmarse. Tenían tiempo suficiente para defenderse del ataque alienígena.

El comandante Bellwood se disponía a dar las órdenes oportunas para repeler el ataque de los enemigos del Sol, cuando advirtió que la *Vega-3001* no era el objetivo de los seis cuerpos detectados por el radar.

En principio había parecido que sí, que venían directos hacia la astronave terrestre, pero ahora se veía claramente en la pantalla del radar que no.

La dirección de los cuerpos que surcaban tan velozmente el espacio, era otra. Pasarían, eso sí, cerca de la *Vega-3001*, si ésta no variaba el rumbo, pero estaba claro que la astronave terrestre no era su objetivo.

—¡No vienen por nosotros, comandante! —exclamó Lyon Reding.

—No, ya lo veo —respondió Matthew.

—¡Creo que su objetivo es el Sol! —adivinó Deborah Carey.

—Efectivamente, doctora.

—Entonces, se trata de un nuevo ataque a nuestra estrella... —murmuró Sandro.

—Sí, eso pienso yo también —repuso Matthew, quien seguidamente se volvió hacia el corpulento Mitch, que era el encargado de manejar la cámara telescópica—. Trata de localizar esos seis objetos voladores con la cámara, Mitch.

—¡A la orden!

Mitch manejó hábilmente la cámara.

Segundos después, en la pantalla telescópica aparecían los seis cuerpos detectados por el radar.

El estremecimiento fue general.

No eran naves.

Ni misiles.

¡Eran torpedos espaciales!

¡Gigantescos!

¡Poderosos!

¡Negros como la muerte!

Como la muerte que pensaban dar al sol...

* * *

Matthew Bellwood, tras observar fijamente los seis enormes torpedos espaciales, dijo:

—¿No querías saber qué clase de arma utilizaban esos seres para destruir el Sol, Lyon?

—Sí —musitó el segundo de a bordo.

—Pues ahí la tienes.

—Torpedos espaciales...

—Sí.

—¡Son descomunales! —exclamó Deborah Carey.

—Tienen que serlo, para poder causarle daño al Sol.

—¡Y surcan el espacio en correcta formación, comandante! —observó Mitch—. ¡Como si se tratara de una escuadrilla de naves de combate!

—Evidentemente, fueron disparados los seis a la vez. Y en la misma dirección. Cuando alcancen su objetivo, estallarán todos a la vez, el Sol se oscurecerá durante algunos minutos, perderá calor, y cuando vuelva a brillar su fotosfera tendrá una nueva mancha oscura.

Deborah lo miró.

—¿Es que no vamos a hacer nada para impedirlo, comandante...?

—Naturalmente que vamos a hacer algo, doctora Carey. Estaba hablando de lo que suele suceder cuando estos gigantescos torpedos espaciales alcanzan el Sol. Pero esos seis no llegarán tan lejos.

Nosotros nos encargaremos de ello. ¡Listos, muchachos! ¡Vamos a interceptarlos con seis de nuestros misiles nucleares!

Lyon Reding se ocupó personalmente del lanzamiento.

—¡Todo dispuesto, comandante!

Matthew esperó unos cinco segundos.

Después, indicó:

—¡Ahora!

Reding efectuó el lanzamiento.

Los seis cohetes atómicos, teledirigidos desde la *Vega-3001*, partieron en busca de los torpedos espaciales. Comparados con éstos, resultaban insignificantes.

Pero eso no importaba.

Matthew estaba seguro de que destruirían a los gigantescos y siniestros torpedos, porque se trataba de los misiles nucleares más modernos, más veloces, y más poderosos de cuantos se habían construido en la Tierra.

Los torpedos espaciales seguían volando hacia su objetivo.

Los misiles terrestres, por su parte, seguían volando hacia ellos, dispuestos a interceptarlos.

Unos segundos más y…

En el puente de mando de la *Vega-3001* se había hecho un silencio total.

Nadie respiraba.

La tensión era demasiado grande.

En la pantalla telescópica, se podían ver todavía los torpedos espaciales, volando hacia el Sol.

De repente, sobrevino el estallido.

La explosión fue tremenda.

La *Vega-3001* se hallaba bastante distanciada, pero toda ella tembló cuando los misiles nucleares chocaron contra los torpedos espaciales, haciéndolos estallar.

Tras la explosión, en la pantalla telescópica ya no se vio un solo torpedo espacial.

¡Habían estallado los seis!

¡Los poderosos torpedos habían sido destruidos!

Los misiles terrestres habían sabido cumplir con su deber.

* * *

El júbilo, lógicamente, reinaba en el puente de mando de la *Vega-3001*, después del éxito obtenido por los misiles nucleares.

—¡No hemos dejado ni uno, comandante! —exclamó Lyon Reding

—¡Nuestros misiles son mucho más pequeños, pero han podido con tos colosales torpedos negros! —añadió Sandro.

—¡Hemos hecho fracasar este nuevo ataque al Sol! —dijo Mitch.

—¡Me gustaría ver la cara que han puesto los extraterrestres, tras la destrucción de sus seis torpedos espaciales —habló la rubia Katia.

—¡Ya mí! —dijo Rowena.

—¡Si son de hielo, no podrán ponerse rojos de cólera! —bromeó Deborah Carey.

—¡Seguro que no! —exclamó Matthew Bellwood, riendo.

Los demás rieron también.

Justo en ese momento, se recibió una llamada en la *Vega-3001*.

Rowena, la encargada de las comunicaciones, la atendió inmediatamente. Al dejar paso a la imagen de la persona que llamaba, se quedaron todos paralizados.

¡Era uno de aquellos extraños seres de cuerpo blanco como la nieve…!

CAPITULO VIII

El comandante Bellwood y los miembros de la tripulación que prestaba servicio en el puente tenían los ojos fijos en la pantalla de telecomunicaciones.

El aspecto del ser que había aparecido en ella impresionaba bastante, porque, efectivamente, parecía estar hecho de hielo. Su forma era humana, pero…

En su cabeza no crecía pelo.

Ni en sus cejas.

Y carecía de pestañas.

Sus ojos eran normales, en cuanto a tamaño y forma, pero no así el color de sus pupilas.

Eran dos pequeños discos de nácar.

Brillantes.

Con reflejos irisados.

El extraterrestre iba completamente desnudo, aunque se protegía su blanco cuerpo con una especie de holgado traje de plástico, totalmente transparente, tal y como explicara el general Watson a Matthew Bellwood y la doctora Carey.

De pronto, el ser de otro mundo dijo:

—Deseo hablar con el comandante Bellwood.

La sorpresa de Matthew fue grande.

¡Aquel ser hablaba correctamente la lengua terrestre!

¡Y además sabía su nombre!

¡Le conocía!

Matthew tardó algunos segundos en colocarse frente a la pantalla de comunicaciones, a causa de su perplejidad, pero por fin lo hizo y dijo:

—Yo soy el comandante Bellwood.

El extraterrestre lo observó fijamente con sus anacarados ojos.

—Yo me llamo Dolo. Y, al igual que tú, soy quien da las órdenes

en nuestra nave —explicó.

Tenía la voz fría, metálica, como de robot, pero hablaba muy claro y se le entendía perfectamente.

—Así que eres el jefe de los enemigos del Sol, ¿eh? —repuso Matthew.

—Sé que nos llamáis así, pero no somos enemigos de vuestro Sol, comandante Bellwood.

—¿Por qué queréis destruirlo, entonces...?

—La vida en nuestro planeta depende de ello.

—¿Cómo es eso? ¿Cuál es vuestro planeta? ¿Dónde se halla...?

—Nuestro planeta se llama Gomo y pertenecía a la galaxia que vosotros, los terrestres, llamáis Andrómeda.

—¿Pertenecía, has dicho...?

—Sí, porque Gomo se salió de su órbita, por alguna causa desconocida, y fue lanzado al espacio. Y fue lanzado en esta dirección.

—¿Hacia nuestra galaxia...?

—Sí, que vosotros llamáis Vía Láctea. De esto hace mucho tiempo. Tanto, que Gomo lleva ya muchos años vagando por vuestra galaxia. Y viene hacia vuestro Sistema Solar.

—¿Estás seguro...?

—Por supuesto que lo estoy. Hicimos nuestros cálculos y descubrimos que Gomo cruzará vuestro Sistema Solar y pasará muy cerca de vuestra estrella. Tan cerca, que abrasara totalmente nuestro planeta y pereceremos todos.

Matthew quedó impresionado por las palabras del extraterrestre.

Era terrible lo que decía.

Espantoso de verdad.

El jefe de la nave del planeta errante explicó:

—Gomo es un planeta muy frío, realmente gélido. Para nosotros, sin embargo, es ideal, porque no podríamos vivir en un planeta cálido. No resistimos el calor, nuestro organismo no lo tolera. En un mundo como el vuestro, por ejemplo, nos desintegraríamos. Aunque nuestro

planeta no pasara tan cerca de vuestro Sol, moriríamos todos igualmente. Por eso queremos destruirlo. No somos sus enemigos, pero tenemos que acabar con él y con su calor. Si no lo hacemos, acabara él con todos nosotros.

Matthew, tras unos quince segundos de silencio, respondió:

—Comprendo vuestras razones, Dolo, pero debéis pensar también en nosotros, los habitantes de la Tierra. Si destruís nuestro Sol, la vida se acabara en nuestro planeta, pues necesitamos su luz y su calor.

—Lo sabemos, comandante Bellwood. Y hemos pensado mucho en ello, te lo aseguro. Si tuviéramos alguna posibilidad de salvación, sin destruir vuestro Sol, jamás lo hubiéramos atacado. No deseamos acabar con toda clase de vida en la Tierra, pero no tenemos alternativa. Se trata de vuestro planeta o el nuestro. ¿Qué haríais vosotros en nuestro lugar…? ¿No recurriríais a todo con tal de defender vuestra supervivencia…?

Matthew se mesó el cabello nerviosamente.

—Tiene que haber una solución, Dolo.

—No la hay, comandante Bellwood.

—Tal vez vuestros cálculos sean erróneos.

—No, lo hemos comprobado una y otra vez. Es inevitable que Gomo pase cerca de vuestro Sol. Sabemos, incluso, la fecha exacta.

—¿Cuándo será?

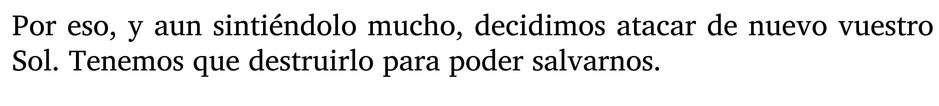
—Dentro de doscientos ochenta días.

—Menos de un año…

—Sí.

—¿Y no cabe la posibilidad de que vuestro planeta se desvíe y se libre de…?

—Esa era nuestra esperanza. De ahí que, tras nuestro primer ataque al Sol, hace exactamente treinta y cuatro años, no hayamos intentado de nuevo destruir vuestra estrella. Quedaba mucho tiempo por delante y confiábamos en que Gomo se desviara ligeramente y ni siquiera pasara por vuestro Sistema Solar. Desgraciadamente, no ha sido así. Gomo no ha variado lo más mínimo su trayectoria y hemos perdido toda esperanza de que lo haga en el poco tiempo que queda.


Por eso, y aun sintiéndolo mucho, decidimos atacar de nuevo vuestro Sol. Tenemos que destruirlo para poder salvarnos.

—No lo vamos a permitir, Dolo —repuso Matthew.

—No podréis evitarlo, comandante Bellwood.

—Ya lo evitamos en el año 2011, ¿no? —recordó

Matthew—. Nuestras naves de combate destruyeron vuestra nave. Fue una batalla dura y difícil, pero la ganamos.

—Esta vez será distinto.

—¿Por qué?

—Somos más peligrosos que entonces.

—Nosotros también. Y lo hemos demostrado destruyendo vuestros poderosos torpedos espaciales.

—Sí, supisteis interceptarlos a los seis, pero eso no significa nada. Podemos destruir vuestra astronave fácilmente.

—Permíteme que lo dude, Dolo.

—Es cierto, créeme.

—Si pudierais destruir la *Vega-3001*, lo hubierais hecho ya, sin molestaros en poneros en comunicación con nosotros.

—He querido hablar contigo porque deseo daros la oportunidad de regresar a la Tierra e informar a tos jefes de la Confederación Terrestre de por qué queremos destruir el Sol. No somos unos locos ni unos asesinos. Tenemos una poderosa razón para destruir vuestra estrella y deseo que ellos lo sepan.

—No vamos a regresar a la Tierra, Doto —respondió Matthew —.Vamos a luchar por defender la existencia del Sol y la vida en la Tierra. Y acabaremos con vosotros, si no renunciáis a la destrucción de nuestra estrella.

—Nos gustaría renunciar, pero no podemos.

—Entonces, lucharemos.

—Tú lo has querido, comandante Bellwood —respondió el jefe de la nave extraterrestre, y cortó la comunicación.

CAPITULO IX

El tiempo, para los miembros de la tripulación de la *Vega-3001*, transcurría con una lentitud desesperante. Hacía sólo unos minutos que el comandante Bellwood había terminado de hablar con el jefe de la nave extraterrestre, pero parecía que habían pasado horas.

Era consecuencia de la tensión.

De los nervios.

De la angustia de la espera.

El jefe de la nave de Gomo había dicho que iban a luchar, pero su ataque no se producía. El radar de la *Vega-3001* no detectaba nada, ni torpedos espaciales ni a la propia nave alienígena.

Y el caso es que la astronave terrestre la buscaba.

Pero no daba con ella.

La nave extraterrestre debía de hallarse bastante alejada.

¿Por qué no atacaba...?

¿Por qué no lanzaba algunos de sus poderosos torpedos...?

¿A qué diablos esperaba...?

Daba la impresión de que rehuía el combate.

Y eso no era lógico, después de las palabras de Dolo. El jefe extraterrestre había asegurado que podían destruir fácilmente la *Vega-3001*. ¿Fue sólo una bravata...?

¿Una amenaza para asustarlos y hacerlos regresar a la Tierra...?

Quizá se tratase, simplemente, de una táctica para destrozar sus nervios con la prolongada y tensa espera. Era una táctica muy antigua.

Y solía dar excelentes resultados.

En esta ocasión, también los estaba dando. Bastaba con mirar las caras de los miembros de la tripulación.

Estaban todos tensos como cuerdas de guitarra. Ninguno hablaba.

Y contenían hasta el aliento.

Era terrible mantener aquella rigidez. Si no entraban pronto en combate, más de uno iba a sufrir un ataque de nervios.

De repente, alguien irrumpió en el puente de mando, chillando:

—¡Comandante Bellwood...!

Matthew, la doctora Carey, y los demás se volvieron en el acto, alarmados.

La que chillaba era Nadia, una de las mujeres de la tripulación.

Había irrumpido en el puente pálida como una muerta, temblorosa, con las facciones desencajadas. Se diría que había visto un fantasma. O un espectro.

En cualquier caso, su terror era infinito.

Matthew salió rápidamente a su encuentro y la sujetó por los hombros.

—¿Qué sucede, Nadia...?

—¡Es horrible, comandante!

—¿Qué ha pasado?

—¡Stefan y Aliona!

—¿Les ha ocurrido algo?

—¡Están muertos!

Un profundo escalofrío estremeció los cuerpos del comandante Bellwood y los miembros de la tripulación que se encontraban en el puente de mando.

—¿Muertos, dices...? —exclamó Matthew.

—¡Sí, comandante, sí!

—¿Cómo es posible?

—¡Los encontré en uno de los corredores, tirados el suelo! ¡Están horriblemente congelados!

—¿Congelados...?

—¡Sí!

Matthew pensó inmediatamente en los seres de Gomo.

—¡Es cosa de esos malditos! —rugió. Los miembros de la tripulación se miraron unos a otros, sin pronunciar palabra. También

ellos pensaban e Stefan y Aliona habían sido asesinados por los extraterrestres, aunque no se explicaban cómo habían podido matarlos. ¿Habrían conseguido colarse algunos de ellos en la *Vega-3001*…?

¿Los habrían asesinado desde su nave…?

Matthew soltó a la aterrorizada Nadia y se volvió.

—¡Lyon, Sandro, Mitch! ¡Venid conmigo! ¡También usted, doctora Carey!

Los cuatro corrieron hacia él.

—¡Llévanos hasta Stefan y Aliona, Nadia! —ordenó Matthew, empuñando la pistola de rayos láser que llevaba al cinto.

Lyon, Sandro, Mitch y Deborah, que también iba armados, como el resto de los miembros de la tripulación, le imitaron.

Nadia, a pesar de su terror, accedió a llevarlos a los cinco al corredor en donde descubriera los cadáveres de Stefan y Aliona.

* * *

Nadia había dicho la verdad. Stefan y Aliona estaban muertos. Espantosamente congelados. Yacían los dos boca arriba, con los ojos extremadamente abiertos, reflejando un horror indescriptible. También sus bocas estaban abiertas, como si fueran lanzar sendos gritos de horror.

Una fina capa de hielo cubría su pelo, sus caras, sus cuerpos completos. Se diría que habían sido encerrados ambos en un frigorífico, durante un buen rato, y los habían sacado así, congelados como pescados.

Era un espectáculo horrible.

Estremecedor de verdad.

Lyon Reding murmuró:

—Lo hicieron ellos, ¿verdad, comandante?

—Sí —respondió roncamente Matthew.

—¿Cómo pudieron…? —se preguntó en voz alta Sandro, el fornido negro.

—Nuestras armas envían rayos caloríficos y abrasan; los de esos seres, envían rayos gélidos y congelan.

—¿Y cómo entraron en nuestra astronave, comandante…? —preguntó el musculoso Mitch.

—Evidentemente, esos seres poseen una máquina que les permite trasladarse de un lugar a otro. En este caso, algunos de ellos se trasladaron desde su nave a la nuestra.

—¿Sin ser vistos por nadie…? —dijo la doctora Carey.

—Ni pueden ser vistos, ni detectados, porque sus cuerpos se desintegran cuando se colocan en la máquina y vuelven a integrarse un instante después, en el lugar al que su invento los ha trasladado.

—¿No le parece demasiado fantástico, comandante…? —repuso el segundo de a bordo.

—No, Lyon, porque es algo que nosotros, los terrestres, también conseguiremos algún día. Se está trabajando en ello, te lo aseguro. Y finalmente se logrará, como se logrará el viajar a través del tiempo. El campo de la Ciencia no tiene límites.

—Si está usted en lo cierto, comandante, esos seres podrán penetrar en nuestra astronave cuantas veces quieran —observó Sandro.

—Efectivamente —asintió Matthew.

—¿Y no podemos evitarlo de ninguna manera…? —preguntó Deborah.

—Me temo que no, doctora.

—Entonces, nos irán liquidando a todos poco a poco… —murmuró Mitch.

—Eso sí podemos evitarlo.

—¿Cómo?

—Permaneciendo todos muy alerta. Esos seres pueden aparecer en cualquier punto de nuestra astronave y en cualquier momento, pero necesitan un tiempo, aun que sea mínimo, para integrarse totalmente y recobrar su movilidad. Ese breve espacio de tiempo nos permitirá disparar sobre ellos antes de que ellos nos envíen sus rayos de frío y nos congelen como a Stefan Aliona.

—¿Y si aparecen en un lugar que no esté vigilado por ninguno de nosotros, como los camarotes, por ejemplo...? —repuso Reding

—Si aparecen en un camarote, tendrán que salir de él. Y los corredores sí los tendremos vigilados, Lyon así que los descubriremos en cuanto salgan. Lo único que tenemos que hacer, es disparar antes que ellos. Y no fallar, por supuesto. Llevaremos todos fusiles, por que tienen mayor alcance que las pistolas.

—¿Seguirán en la astronave los seres que sorprendieron y asesinaron a Stefan y Aliona, comandante...? —preguntó Nadia, que se había serenado un poco, aunque todavía temblaba ligeramente y continuaba sin color en las mejillas.

—No lo sé, Nadia. Pero lo averiguaremos —respondió Mathew.

* * *

El comandante Bellwood había reunido de nuevo a toda la tripulación en el puente, para informarles de la muerte de Stefan y Aliona a manos de los extraterrestres.

Después, les dio las instrucciones oportunas para evitar que nuevos miembros de la tripulación se viesen sorprendidos y eliminados por tos seres de Gomo.

A continuación, Matthew dejó a algunos de ellos en el puente, por si la *Vega-3001* era atacada por la nave extraterrestre, y se fue con el resto a recorrer la astronave.

Lo revisaron todo, pero no hallaron a los seres que asesinaron a Stefan y Aliona Sin duda, habían regresado a su nave después de acabar con ellos.

Pero Matthew sabía que volverían, así que dejó a varios hombres y mujeres de la tripulación vigilando en lugares estratégicos, armados todos ellos con fusiles de rayos láser, además de las pistolas que llevaban al cinto.

Luego, Matthew regresó al puente, acompañado de Lyon Reding, Deborah Carey, Mitch y Sandro.

El radar seguía sin detectar nada, demostrando que la nave extraterrestre se mantenía prudentemente alejada de la *Vega-3001*. Y era lógico, teniendo en cuenta que los seres de Gomo podían trasladarse a la astronave terrestre sin necesidad de acercarse a ella.

Ya lo habían hecho una vez.

Y lo repetirían, envalentonados por el éxito de su primera incursión en la *Vega-3001*. Habían causado dos bajas a los terrestres y ellos no habían sufrido ninguna.

Dolo debía sentirse muy satisfecho.

Y lo demostró, llamando de nuevo a la astronave terrestre.

Rowena dejó paso a la imagen del jefe de los extraterrestres y Matthew habló con él.

—¿Os gusta pelear así, Dolo? — masculló el terrestre.

—¿Cómo, comandante Bellwood?

—Sin dar la cara.

—¿Por qué dices eso?

—Habéis asesinado cobardemente a dos de los miembros de mi tripulación. Por sorpresa. Sin darles la oportunidad de defenderse.

—Quise darte una prueba de nuestra peligrosidad, comandante Bellwood. Ahora ya sabes que podemos penetrar en vuestra astronave y acabar con todos vosotros.

—Eso aún está por ver, Dolo.

—¿Es que todavía lo pones en duda…?

—Desde luego.

—Debería enfadarme por tus palabras, altivas y desafiantes, pero quiero daros una nueva oportunidad de renunciar a la lucha y regresar a la Tierra.

—¡Olvídalo!

—No queremos mataros a todos, comandante Bellwood.

—¡No lo conseguiréis, malditos!

—¿Insistes en continuar la lucha?

—¡Sí!

—Entonces, acabaremos con todos vosotros y luego destruiremos la *Vega-3001* —aseguró el jefe de los seres de Gomo, e interrumpió su conversación con el comandante Bellwood, desapareciendo de la pantalla de comunicaciones.

CAPITULO X

A bordo de la *Vega-3001*, la tensión volvía a ser máxima.

Se esperaba de un momento a otro la aparición de algunos seres de Gomo, dispuestos a causar nuevas bajas entre la tripulación con sus rayos de frío concentrado, y todo el mundo estaba alerta.

Desde el puente de mando, y a través de varias pantallas de televisión, Matthew Bellwood podía vigilar algunos sectores de la astronave y saber lo que ocurría en ellos.

Cuando ocurriese algo, claro. De momento, todo estaba tranquilo. Pero Matthew sabía que la tranquilidad iba a durar poco.

Y no se equivocó.

Lo que no esperaba, sin embargo, es que los extraterrestres tuviesen la osadía de aparecer en el mismísimo puente de mando de la *Vega-3001*.

Y allí aparecieron.

Eran dos.

Y empuñaban sendos objetos cilindricos, metálicos, muy brillantes, de unos doce centímetros de longitud y tres de grosor, con un orificio en el extremo.

Eran sus armas.

Con ellas habían dado muerte a los infortunados Stefan y Aliona, congelándolos con los poderosos rayos gélidos.

—¡Cuidado, muchachos! —gritó Matthew, al tiempo que hacía funcionar su fusil de rayos láser.

Lyon Reding disparó también sobre la pareja de alienígenas.

Sandro y Mitch se apresuraron a imitar al comandante Bellwood y al segundo de a bordo.

El primer disparo de Matthew había alcanzado en el pecho a uno de los extraterrestres, antes de que el ser pudiera accionar su mortífera arma.

El otro alienígena resultó alcanzado por el primer disparo de Lyon Reding, y tampoco pudo hacer uso de su arma. También fueron alcanzados ambos seres por los disparos de Sandro y Mitch, pero cuando ya se derrumbaban, a causa de los primeros impactos.

Los rayos láser atravesaron tos transparentes trajes de tos alienígenas y destrozaron sus blancos cuerpos, causándoles una muerte instantánea.

Sin embargo, ni una gota de sangre brotó de las espantosas heridas. Ni de sangre, ni de ningún otro líquido que pudiera realizar las funciones de ésta.

Pero no cabía la menor duda de que estaban muertos.

Y bien muertos, además.

Buena prueba de ello, es que apenas chocaron contra el suelo empezaron a desintegrarse.

El comandante Bellwood y los suyos agrandaron los ojos.

¡Los dos extraterrestres se estaban deshaciendo como el hielo!

¡Se estaban fundiendo como un helado al sol!

Era la frase que había empleado el general Watson, cuando explicó a Matthew Bellwood y a Deborah Carey lo que les ocurría a los enemigos del Sol cuando recibían calor.

Y no exageró lo más mínimo.

En muy poco tiempo, los transparentes trajes que usaban aquellos seres se llenaron de un líquido incoloro, que parecía agua.

Un agua que ya se desbordaba por los destrozos que los rayos láser ocasionaran a los trajes, desparramándose por el suelo.

Era todo lo que quedaba de la pareja de extraterrestres.

Sus destrozados trajes… y el líquido incoloro.

Bueno, y sus armas.

De sus cuerpos, absolutamente nada.

El espectáculo había sido como para dejar paralizado a cualquiera, pero el comandante Bellwood y tos miembros de la tripulación que estaban con él en el puente no tuvieron más remedio que reaccionar, porque nuevos extraterrestres aparecieron tras la muerte de sus dos compañeros, con deseo de venganza.

* * *

Habían surgido dos más.

Pero, casi al momento, surgían otros dos.

Y, en seguida, otros dos más.

Esta vez, el ataque era muy serio.

Matthew Bellwood fue el primero en reaccionar.

—¡Disparad, muchachos! —rugió, predicando con el ejemplo.

Lyon, Sandro y Mitch hicieron funcionar velozmente sus fusiles.

La doctora Carey también disparó, pero con su pistola.

Lo mismo hicieron Katia y Rowena.

A pesar de la rapidez con que todos ellos reaccionaron, no pudieron evitar que dos dé los extraterrestres accionaran sus armas, haciendo brotar sendos rayos de frío concentrado.

Iban dirigidos a Matthew y Lyon, pero éstos se dejaron caer al suelo muy oportunamente y los rayos gélidos fueron a estrellarse contra uno de tos aparatos que había en el puente de mando.

El aparato quedó inmediatamente recubierto de una delgada capa de hielo.

Desde el suelo, el comandante Bellwood y el segundo de a bordo dispararon sobre la pareja de alienígenas que casi los alcanzan con sus rayos de frío.

Los rayos láser dieron buena cuenta de ambos seres, fulminándolos literalmente, por lo que no pudieron accionar de nuevo sus peligrosas armas.

Los seis extraterrestres habían sido abatidos y sus cuerpos se estaban deshaciendo ya.

Pero la lucha no había terminado en el puente, porque aparecieron más seres de Gomo.

Siempre de dos en dos.

Y muy juntos.

Por lo visto, la máquina que los trasladaba desde su nave a la *Vega-3001* los mandaba así, por parejas y casi cogidos de la mano, como buenos hermanos.

Sandro y Mitch disparaban frenéticamente sus fusiles.

También Deborah, Rowena y Katia hacían funcionar sin descanso sus pistolas.

Mathew y Lyon se irguieron con prontitud y reanudaron también los disparos.

La doctora Carey le salvó la vida a la rubia Katia, al derribarla de un empellón.

—¡Cuidado! —gritó, mientras la tiraba al suelo, cayendo ella también.

El rayo de frío concentrado pasó por encima de sus cuerpos y se estrelló en la pared, cubriendo un sector de ella de hielo.

Rowena liquidó al extraterrestre que le había disparado a Katia.

La morena no vio, sin embargo, que otro alienígena ya apuntaba a ella.

Por suerte para Rowena, Sandro sí lo vio y abatió a tiempo al ser de Gomo que pretendía congelar a la atractiva morena.

Matthew, Lyon y Mitch dieron buena cuenta de otros tres alienígenas.

Eran los últimos que quedaban en el puente.

Por el momento, al menos.

Pero podían surgir más.

Por si acaso, todos estaban muy atentos.

Deborah y Katia se habían incorporado ya.

Formaban entre todos una especie de círculo, con el fin de que nadie se viera sorprendido por la espalda. Sin embargo, no aparecieron más extraterrestres. El ataque había terminado.

* * *

Matthew Bellwood observó las pantallas de televisión que ofrecían imágenes de algunos de los sectores de la astronave. Sorprendentemente, en ellos todo seguía tranquilo.

Los hombres y mujeres de la tripulación que vigilaban esos

puntos continuaban atentos a la posible aparición de seres de Gomo, empuñando con firmeza los fusiles de rayos láser.

Estaba claro que no habían intervenido en la lucha, por lo que Matthew dijo:

—Parece que el ataque extraterrestre venía dirigido exclusivamente al puente.

—Sospecho por qué, comandante —rezongó Lyon Reding

—¿De veras?

—Dolo quiere acabar con usted.

—¿Porque le planté cara?

—Por eso y porque, eliminándolo a usted, les sería más fácil apoderarse de la *Vega-3001* y destruirla.

Matthew esbozó una sonrisa.

—Aunque yo cayera, vosotros seguiríais luchando como jabatos, estoy seguro de ello.

—Desde luego, pero no sería lo mismo. Le necesitamos, comandante Bellwood. Con usted somos capaces de todo, pero si cayera, nuestra moral se hundiría.

—Lyon tiene razón —opinó Sandro—. No se deje cazar, comandante Bellwood. Con usted somos capaces de todo, pero si cayera, nuestra moral se hundiría.

—Lyon tiene razón —opinó Sandro—. No se deje cazar, comandante.

—Es preferible que caiga alguno de nosotros —dijo Mitch.

—A mí no me importaría dar mi vida a cambio de la suya, se lo aseguro —habló Rowena.

—Ni a mí —dijo Katia.

—Lo mismo digo —confesó Deborah Carey.

Matthew los miró a todos con agradecimiento y prometió:

—No pienso dejarme congelar, podéis estar tranquilos.

CAPITULO XI

Desde el puente de mando, Matthew Bellwood habló con los miembros de la tripulación que vigilaban distintos sectores de la astronave, comprobando que, efectivamente, ninguno de ellos había sido atacado por los seres de Gomo.

Todos estaban bien.

El ataque extraterrestre había ido dirigido exclusivamente al puente de mando de la *Vega-3001*, tal y como sospechara Matthew. Un ataque cuyo fracaso no había podido ser más estrepitoso, ya que los alienígenas no habían podido causar ninguna baja más a los terrestres.

Y, encima, todos los seres que participaran en él, habían encontrado la muerte.

Nada menos que dieciséis.

Allí estaban sus transparentes trajes, tirados por el suelo, destrozados y mojados por el líquido incoloro, resultado de la total desintegración de sus blancos y fríos cuerpos.

También estaban sus armas.

Matthew se atrevió a recoger uno de aquellos extraños objetos metálicos de forma cilíndrica, que vomitaban rayos de frío concentrado, y lo estudió atentamente.

Era ligero.

Y sencillo de manejar.

Lyon Reding preguntó:

—¿Sabría usted disparar con ese chisme, comandante?

—Seguro.

—Hágame una demostración.

—Con mucho gusto —respondió Matthew, y apuntó a Katia.

La rubia dio un cómico brinco.

—¿Qué hace, comandante...?

—Perdona, no te había visto.

—¿Que no me había visto...?

—No, lo siento —aseguró Matthew, conteniendo a duras penas la risa, y apuntó hacia otro lado.

Casualmente, allí estaba Rowena.

Bueno, no era casualidad.

Matthew la había apuntado deliberadamente, lo mismo que a Katia.

La morena saltó también al verse apuntada por el peligroso objeto cilíndrico.

—¡Comandante, que aquí estoy yo! —hizo saber.

—Oh, disculpa, Rowena.

—¿Tampoco me había visto...?

—No.

—¡Pues me temo que tendrá que ir al oculista, cuando regresemos a la Tierra!

Rieron todos las palabras de la morena, incluido Matthew, quien seguidamente apuntó a Deborah Carey.

—Prefiero que me examine los ojos la doctora Carey —dijo.

Deborah, que no se había movido, sonrió.

—Si me congela con eso, no podré examinarle nada —advirtió, con ironía.

Matthew desvió el arma y la hizo funcionar.

Ahora apuntaba hacia la pared.

Y allí fue a chocar el rayo de frío, formando inmediatamente una delgada capa de hielo.

—¡Magnífico, comandante! —exclamó Reding

—Es fácil, Lyon.

—¿Cómo se acciona?

Matthew se lo explicó y luego le entregó el arma, para que efectuara un disparo con ella.

Lyon repitió la broma del comandante y apuntó a Katia.

—¡Vaya, otro corto de vista! —exclamó la rubia, dando otro cómico salto.

Volvieron a reír todos.

Después, Lyon disparó contra la pared.

—Tenía usted razón, comandante. Este tipo de arma es muy fácil de manejar.

—Las llevaremos a la Tierra, para que las estudien —repuso Matthew.

—Antes, tendremos que destruir la nave extraterrestre.

—Por supuesto.

—Si es que conseguimos localizarla, comandante.

—Daremos con ella, no lo dudes. Hasta ahora, Dolo y los suyos nos han rehuido porque pensaban acabar con todos nosotros de otra manera.

—Congelándonos.

—Exacto. Su primer ataque, el de prueba, les salió muy bien, porque lograron sorprender a Stefan y Aliona. El segundo, sin embargó, ha sido un rotundo fracaso. Dolo ha perdido a muchos de los suyos y no nos ha causado más bajas. Por eso creo que no repetirá esta clase de ataque.

—Debe de estar tirándose de los pelos.

—¡Imposible, porque no tiene! —intervino Rowena.

Las palabras de la morena hicieron reír a todos.

Después, Matthew dijo:

—De cualquier manera, debemos continuar todos alerta. Dolo parece un tipo muy astuto, y sospecho que debe de estar estudiando la manera de sorprendernos.

* * *

La *Vega-3001* seguía surcando el espacio, sin aproximarse demasiado al Sol, pero sin alejarse tampoco de él, para poder protegerlo en el caso de que los seres de Gomo decidieran lanzar un nuevo ataque sobre la estrella que proporcionaba luz y calor a la Tierra.

Matthew Bellwood pensaba que no, que Dolo no querría arriesgarse a perder otros seis torpedos espaciales. Los seis anteriores habían sido destruidos por los misiles nucleares terrestres, y el jefe de la nave alienígena, que no era tonto, sabía que el hecho se repetiría si lanzaban nuevos torpedos contra el Sol.

Para poder seguir atacando el Sol, hasta destruirlo, los seres de Gomo tenían que destruir primero la *Vega-3001*. Sin embargo, pasaban los minutos y el ataque de la nave extraterrestre no se producía.

De pronto, Matthew indicó:

—Lanza una llamada a la nave dé esos seres, Rowena. Quiero hablar con Dolo.

—Muy bien, comandante.

Rowena lanzó la llamada.

Apenas medio minuto después, la imagen del jefe de la nave extraterrestre aparecía en la pantalla de comunicaciones.

—Hola, Dolo —dijo Matthew.

—¿Qué deseas, comandante Bellwood?

—Saber cómo te ha sentado el fracaso de los tuyos.

—Muy mal.

—Lo suponía.

—Confieso que no esperaba que os defendierais tan eficazmente, terrestres.

—Te advertí que no os sería fácil acabar con nosotros, Dolo. Sorprendisteis a dos de los miembros de mi tripulación porque ignorábamos que podíais penetrar en nuestra astronave, gracias a vuestro invento. Pero, como ahora ya lo sabemos, estamos todos en guardia y no podréis sorprendernos de nuevo.

Ya veremos.

—¿Estáis dispuestos a continuar la lucha, Dolo?

—Desde luego.

—¿Por qué os escondéis, entonces...?

—No nos escondemos.

—Os estamos buscando, Dolo. Y tú lo sabes.

—Sí, claro que lo sé.

—¿Dónde está vuestra nave? ¿Por qué no os dejáis ver? ¿Es que os asusta la lucha abierta...?

—En absoluto.

—¿Entonces...?

—No quiero arriesgarme a que nuestra nave resulte dañada en el enfrentamiento con la vuestra.

—¿Dañada... o destruida?

—Me crees un cobarde, ¿eh, comandante Bellwood?

—Yo no he dicho eso. Me he limitado a señalar que rehuís la lucha abierta.

—La rehuimos porque tenemos una misión muy importante que cumplir y no debemos correr ningún riesgo. Lo corrimos en el año 2011, y fracasamos. Nuestra nave fue destruida por las vuestras y no pudo llevar a cabo su misión. Nosotros no podemos fracasar. Queda muy poco tiempo, ya te lo expliqué. Tenemos que destruir vuestro Sol.

—He estado pensando en eso, ¿sabes? —dijo Matthew, pasándose la mano por el cabello—. Y creo que tengo la solución.

—¿Solución para qué?

—Para evitar que perezcáis todos sin necesidad de destruir nuestro Sol.

—No se puede evitar, comandante Bellwood.

—Sí se puede, Dolo.

—¿Cómo?

—Evacuando vuestro planeta antes de que se aproxime a nuestro

Sol.

—¿Evacuar Gomo…?

—Podéis instalaros en alguno de los planetas más fríos de nuestro Sistema Solar. Urano, Neptuno o Plutón. Y si necesitáis un planeta mayor, podéis elegir entre Júpiter o Saturno. También están muy distantes del Sol, así que son mundos gélidos. Podréis vivir perfectamente en alguno de esos planetas. Y estoy seguro de que los jefes de la Confederación Terrestre no se opondrían, dadas las circunstancias.

—Agradezco tu sugerencia, comandante Bellwood, pero no es posible.

—¿Por qué?

—Necesitamos algo más que una temperatura muy baja para poder vivir, y esos cinco planetas que has mencionado no nos sirven.

—¿Estás seguro?

—Sí, los hemos estudiado, y no nos sirven. Gomo es un planeta de características muy especiales. Y sólo en él podemos vivir. De todos modos, gracias —dijo Dolo, y cortó la comunicación.

CAPITULO XII

Matthew lanzó un suspiro.

—Está visto que la lucha es inevitable, muchachos.

—Su idea era buena, comandante —dijo Lyon Reding—, Lástima que ninguno de los planetas fríos de nuestro Sistema Solar reúna las condiciones que esos seres necesitan para vivir.

—Sí, es una pena. Hubiera sido la mejor solución para todos, porque lo que les sucede a los habitantes de Gomo es verdaderamente terrible. Si fuera la Tierra la que se hubiese salido de su órbita, y nosotros supiéramos que iba a pasar tan cerca del Sol que éste lo abrasaría todo con sus poderosos rayos, nos sentiríamos tan angustiados y tan desesperados como ellos. Y creo que también recurriríamos a todo, con tal de salvarnos.

—Opino, como usted, comandante Bellwood —dijo Deborah Carey—, El problema que tienen esos seres no puede ser más espantoso. Saben que la muerte les aguarda a todos, si no destruyen nuestro Sol. Y aún así, no podrán sentirse totalmente a salvo, porque su planeta seguirá vagando por el Cosmos. Y hay millones de estrellas en él. Millones de soles, más o menos poderosos que el nuestro. Gomo puede ir directo hacia alguno de ellos y…

—Tendrían que destruirlo, también —habló Sandro.

—Si pueden —repuso Mitch.

—Y si les dejan —dijo Katia.

—Eso, porque puede haber mundos habitados que dependan de la luz y del calor de ese Sol, como la Tierra depende del nuestro. Y, al igual que nosotros, los habitantes de esos planetas lucharían por evitar la destrucción de su estrella —comentó Rowena.

—Es lógico —asintió Matthew—, Cada cual lucha por su supervivencia. Los seres de Gomo luchan por la suya, y nosotros por la nuestra.

—No deberían pasar estas cosas —se lamentó la doctora Carey.

Matthew iba a decir que nadie tenía la culpa, pero no le dio tiempo, porque en ese preciso instante el radar de la *Vega-3001*

detectó la aproximación de un cuerpo volador.

—¡Atención, comandante! —exclamó Sandro.

Matthew, Lyon y Deborah se acercaron rápidamente y observaron la pantalla del radar.

Los tres pensaron lo mismo.

Que era la nave de Gomo.

¡Por fin se había decidido Dolo a atacar abiertamente!

* * *

El comandante Bellwood se apresuró a dar las órdenes oportunas para que la *Vega-3001* entrara eficazmente en combate.

No obstante, recordó que no debían descuidar la vigilancia en el interior de la astronave. La aparición de la nave extraterrestre muy bien podía ser una argucia del astuto Dolo, haciéndoles creer que iban a lanzarse abiertamente al ataque con el fin de distraerlos, lo cual aprovecharían los seres de Gomo para realizar una nueva incursión a la *Vega-3001* y sorprender a su tripulación.

Si realmente era ése el plan de Dolo, no les iba a salir bien, porque Matthew y su gente estarían más alerta que nunca y darían buena cuenta de los extraterrestres que aparecieran repentinamente en la astronave.

De momento, sin embargo, el ataque de la nave alienígena parecía real, ya que seguía aproximándose a la *Vega-3001*.

Matthew ordenó a Mitch que localizara la nave enemiga con la cámara telescópica, para asegurarse de que, efectivamente, el cuerpo móvil que detectaba el radar era la nave de los seres de Gomo.

Mitch buscó la nave enemiga.

La cámara telescópica la localizó y la nave de Gomo apareció en la pantalla.

Matthew y los suyos la observaron, impresionados.

Era blanca.

Brillante.

Casi diez veces la *Vega-3001*.

Matthew esperaba que fuera grande, porque grandes eran los torpedos espaciales que aquellos seres utilizaban para destruir el Sol, y debían transportar un elevado número de ellos. Pero la verdad es que no pensaba que fuera tan gigantesca.

Era de diseño circular.

Como los platillos volantes.

Pero menudo platillo era aquél…

Lyon Reding, ligeramente nervioso, dijo:

—Se está acercando demasiado, comandante.

—Sí, creo que debemos atacar ya —repuso Matthew.

—Tendremos ventaja si atacamos antes que ellos.

—Prepara el lanzamiento de los misiles, Lyon.

—¿Cuántos les enviamos, comandante?

—Seis.

—Bien.

El segundo de a bordo preparó rápidamente el lanzamiento.

La nave extraterrestre seguía aproximándose, pero todavía no había lanzado un solo torpedo espacial sobre la *Vega-3001*, dando la impresión de que le cedía la iniciativa en el combate.

Y eso era raro.

Muy raro.

Lógicamente, las sospechas de que se tratara de un falso ataque para distraer su vigilancia en el interior de la astronave se acentuaron en Matthew Bellwood.

Por ello, ordenó el lanzamiento de la media docena de misiles nucleares sin perder un solo segundo más.

Lyon Reding pulsó el botón de lanzamiento y los seis cohetes atómicos partieron veloces en busca de la nave extraterrestre.

Esta varió inmediatamente el rumbo, como si pretendiera esquivar los misiles terrestres.

No era posible.

Los misiles estaban teledirigidos desde la *Vega-3001* y buscarían la nave alienígena como perros de presa.

Dolo debía de saberlo.

¿Por qué, entonces, intentaba burlarlos en vez de interceptarlos con sus torpedos espaciales, sus cañones de rayos desintegradores, o lo que fuera…?

Matthew no lo comprendía.

Sabía que Dolo era un ser inteligente, pero no lo estaba demostrando en esta ocasión.

¿O sería otra de sus argucias…?

Pronto lo sabría, porque los seis misiles nucleares seguían aproximándose velozmente a su objetivo. Habían variado su rumbo cuando la nave alienígena varió el suyo, así que continuaban volando directos hacia ella.

La nave de Gomo realizó un nuevo viraje.

Inmediatamente, los cohetes atómicos modificaron también su trayectoria, anulando, el nuevo intento de la nave extraterrestre por esquivarlos.

La nave alienígena realizó todavía una tercera intentona, pero no consiguió burlar los misiles nucleares, por lo que no tuvo más remedio que recurrir a sus cañones de rayos desintegradores.

Dolo no quería malgastar torpedos espaciales.

Por eso no había lanzado ninguno.

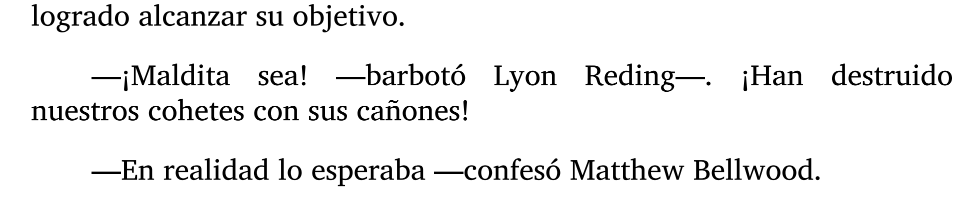
Los necesitaban para destruir el Sol.

Los cañones de la nave de Gomo entraron en acción.

Tenían un largo alcance, por lo que consiguieron destruir los seis misiles terrestres antes de que éstos alcanzaran su objetivo e hicieran saltar la colosal nave blanca en pedazos.

* * *

Los miembros de la tripulación de la *Vega-3001* se quedaron desencantados al ver que ninguno de sus misiles nucleares había



logrado alcanzar su objetivo.

—¡Maldita sea! —barbotó Lyon Reding—. ¡Han destruido nuestros cohetes con sus cañones!

—En realidad lo esperaba —confesó Matthew Bellwood.

—¿Les enviamos seis más, comandante…?

—No, Lyon.

—¿No…?

—Es lo que quiere ese zorro de Dolo, que les enviemos más misiles, para destruirlos con sus cañones. Pretende agotar nuestra provisión de cohetes, pero no le vamos a seguir el juego. Ellos no lanzan sus torpedos espaciales contra nuestra astronave, y nosotros no vamos a lanzar los nuestros contra su nave. Usaremos nuestros cañones de rayos láser.

—Tendremos que acercarnos más, comandante —repuso Reding

—Pues nos acercaremos.

—¿No será peligroso…?

—Sí, aunque más para ellos que para nosotros. Su nave es mucho más grande que la nuestra, por lo que es un blanco mucho más fácil. Estoy seguro, además, de que la *Vega-3001* puede maniobrar mucho más rápido que la nave de Gomo. Y eso es muy importante a la hora de esquivar los disparos del enemigo, Lyon.

—¿Vamos por ellos, pues…?

—Sí, ahora mismo.

La *Vega-3001* se lanzó a gran velocidad hacia la gigantesca nave extraterrestre, dispuesta a destruirla con sus cañones de rayos láser.

Y, justo en ese momento, Dolo ordenaba a algunos de los suyos trasladarse a la astronave terrestre y sorprender a sus tripulantes, creyendo que iban a pillarlos desprevenidos.

CAPITULO XIII

Como la vez anterior, los seres de Gomo aparecieron en el puente de mando de la *Vega-3001*.

De dos en dos.

Muy juntos.

Matthew Bellwood, que seguía temiendo una jugada semejante por parte del astuto Dolo, no dejaba de vigilar el puente, por lo que fue el primero en descubrir a los extraterrestres.

—¡Cuidado, nos atacan...! —gritó, disparando ya contra la primera pareja de seres que había aparecido de repente en el puente.

Lyon Reding reaccionó con celeridad.

Tampoco Sandro y Mitch anduvieron lentos de reflejos, lo mismo que la doctora Carey, Katia, y Rowena.

Ello les salvó, por el momento, de morir congelados.

Pero no eran los seres que estaban apareciendo en el puente el único peligro.

Había otro mayor.

Era la nave extraterrestre.

Acababa de lanzar tres torpedos espaciales contra la *Vega-3001*.

Dolo estaba seguro de que, al hallarse atareados disparando contra los hombres que él les había enviado, y les seguía enviando, el comandante Bellwood y los miembros de la tripulación que se encontraban con él en el puente no advertirían que tres torpedos espaciales volaban hacia su astronave.

Y, aunque lo descubriesen, difícilmente tendrían tiempo de interceptarlos, porque no era mucha la distancia que los torpedos tenían que recorrer.

Además, los seres que seguían apareciendo en el puente de mando no les permitirían defenderse de los torpedos espaciales.

Y eso que los hombres de Dolo sabían que perecerían también,

cuando los torpedos alcanzasen la Vega- 3001 y la hiciesen estallar en pedazos.

Pero no les importaba.

Lo único que importaba era cumplir la misión que les había sido encomendada en Gomo.

Había que destruir el Sol.

Lo mismo pensaba Dolo.

Sabía que había enviado a parte de su gente a una muerte segura, pero sólo así podrían destruir la astronave terrestre y seguir atacando el Sol, hasta destruirlo también.

Era un sacrificio que tenían que hacer para salvar su planeta.

¿Qué importaban unas docenas de vidas, cuando estaban en juego las de millones de seres como ellos...?

Mientras Dolo se hacía estas reflexiones, en el puente de mando de la *Vega-3001* proseguía la lucha.

El comandante Bellwood y los suyos habían dado muerte ya a más de una docena de extraterrestres, pero como seguían apareciendo más, no podían tomarse ni siquiera unos segundos de respiro.

Todavía no habían advertido que tres torpedos espaciales venían rápidamente hacia ellos, pues, hallándose a bordo algunos seres de Gomo, no era lógico pensar que Dolo ordenase atacar la *Vega-3001* con torpedos o con rayos desintegradores.

Pero a Matthew, que seguía sin fiarse un pelo del zorro de Dolo, se le ocurrió echar una fugaz mirada al radar y entonces descubrió los tres cuerpos voladores que éste señalaba.

—¡Maldición! —rugió, adivinando que se trataba de tres torpedos espaciales—. ¡Ocupaos vosotros de los extraterrestres, Lyon! ¡Yo tengo que hacer otra cosa!

—¡Está bien, comandante! —respondió el segundo de a bordo, y abatió a otro habitante de Gomo con su fusil de rayos láser.

Matthew se había precipitado ya sobre los mandos que accionaban los cañones de rayos láser que poseía la *Vega-3001*, también de largo alcance.

No había tiempo para preparar un lanzamiento de misiles

nucleares.

O hacía estallar los torpedos espaciales con los cañones de rayos láser, o sería la *Vega-3001* la que estallaría.

Y todos con ella.

Matthew comenzó a disparar sobre los torpedos.

Estaban ya muy cerca.

Peligrosamente cerca.

Con sus primeros disparos, Matthew hizo estallar uno de los torpedos, que atronó el espacio sideral con su terrible explosión.

Los otros dos torpedos continuaron volando hacia la *Vega-3001*.

Matthew disparó sobre ellos, afinando bien la puntería.

Hizo estallar otro torpedo.

Y estalló tan cerca, que la *Vega-3001* tembló alarmantemente, haciendo perder el equilibrio a Deborah, Katia y Rowena También Lyon, Sandro y Mitch estuvieron a punto de caer al suelo.

Menos mal que no lo hicieron, porque entonces hubieran quedado todos a merced de los seres de Gomo, y éstos los hubieran congelado con sus rayos de frío concentrado.

La lucha continuó en el puente.

¡Y es que seguían llegando extraterrestres!

Dolo no dejaba de enviarlos porque, mientras no viese estallar la astronave terrestre, no estaría seguro de que su plan había dado resultado.

Había visto cómo dos de los torpedos estallaban, alcanzados por los disparos de los cañones de la *Vega-3001*.

¡Sólo quedaba uno!

Pero estaba ya tan cerca de su objetivo, que Dolo confiaba en que lo alcanzase.

Por desgracia para él y para los suyos, no fue así.

El torpedo estalló antes de alcanzar la astronave terrestre.

Matthew, que no había perdido en ningún momento su serenidad y su sangre fría, había sabido hacerlo estallar en el último instante, cuando ya prácticamente no quedaba tiempo para efectuar más disparos.

Si hubiera fallado, ahora seria la *Vega-3001* la que estaría estallando en mil pedazos.

* * *

Esta vez, la astronave terrestre hizo algo más que temblar.

El torpedo espacial había estallado tan próximo, que su terrible onda expansiva zarandeó la *Vega-3001* como si fuera una nave de juguete.

Naturalmente, los miembros de su tripulación rodaron por el suelo como pelotas, porque parecía que la astronave estaba siendo sacudida por un terremoto.

Por un tornado cósmico, sería más correcto decir, teniendo en cuenta que se hallaban en el espacio sideral.

El único que no rodaba por el suelo era Matthew Bellwood.

Tenía la suerte de estar sentado en el sillón que permanecía clavado frente a los mandos que accionaban los cañones de rayos láser, y como se había agarrado fuertemente a él, los furiosos zarandeos de la astronave no lograron despedirlo del sillón.

La *Vega-3001*, por supuesto, había perdido el control, pero Matthew pudo recuperarlo en cuanto cesaron los zarandeos, enderezando el rumbo de la astronave.

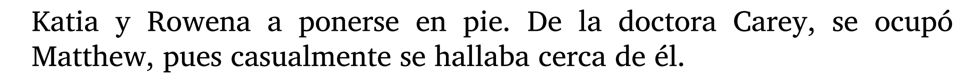
Afortunadamente, en el puente no había en aquel momento ningún extraterrestre vivo. Sólo los cuerpos de los seres abatidos por los disparos de rayos láser, desintegrándose.

Y de algunos de ellos, sólo quedaban sus trajes, llenos de líquido incoloro.

Sin embargo, había que pensar que la ofensiva de los seres de Gomo continuaría, tras el fracaso de los tres torpedos espaciales, por lo que Matthew empuñó su fusil y se levantó del sillón, gritando:

—¡Arriba todos! ¡No tardaran en atacarnos de nuevo!

Lyon, Sandro y Mitch se incorporaron con rapidez y ayudaron a



Katia y Rowena a ponerse en pie. De la doctora Carey, se ocupó Matthew, pues casualmente se hallaba cerca de él.

—¿Se encuentra bien. Deborah?

—Sí, comandante.

—Me alegro.

Matthew se interesó por el estado de los demás.

Todos estaban bien.

Un poco magullados, pero en condiciones de continuar la lucha.

Por el momento, sin embargo, no hubo necesidad, ya que no aparecieron nuevos seres de Gomo.

Tampoco les enviaron nuevos torpedos espaciales.

La nave extraterrestre continuaba detectada por el radar, pero ahora no venía hacia la *Vega-3001*, sino que se alejaba de ella.

Y con mucha rapidez.

Al darse cuenta de ello, Lyon Reding exclamó:

—¿Huyen, comandante...?

—Eso parece, Lyon. Pero sólo momentáneamente, porque están obligados a...

Matthew no acabó la frase, porque en ese momento se recibió una llamada en la *Vega-3001*, que Rowena atendió a una indicación de su comandante.

Era Dolo.

—Estoy muy contento, comandante Bellwood —dijo, para sorpresa de todos.

—¿Contento, dices...?

—Sí, porque se han acabado nuestros problemas. Y, en consecuencia, también los vuestros.

—No te entiendo, Dolo.

—He recibido una llamada de Gomo. Nuestro planeta ha sido atraído por un planeta mucho mayor, perteneciente al sistema que

vosotros llamáis Alfa-Centauro, y ha entrado en órbita. Ha empezado a girar ya en torno a él, y como también se trata de un planeta gélido, que además está deshabitado, nadie nos molestará.

—¡Eso es magnífico, Dolo! —exclamó Matthew, jubiloso.

—Sí, porque significa que nuestro planeta se ha salvado, así que regresamos ya a él. Me alegro de no haber destruido vuestra astronave, terrestres. Sois valientes y sabéis pelear. Siempre recordaré la dura batalla que hemos sostenido con vosotros. Adiós, comandante Bellwood.

—Adiós, Dolo —respondió Matthew, visiblemente emocionado.

El jefe de la nave alienígena cerró la comunicación y su imagen desapareció de la pantalla.

EPILOGO

Matthew Bellwood no esperó a regresar a la Tierra para informar al general Watson, sino que lo hizo desde la propia astronave, poniéndole al corriente de todo.

El alto jefe de la Confederación Terrestre se alegró infinitamente y felicitó a Matthew y a toda la tripulación de la *Vega-3001*, adelantándoles que esta vez iban a tener un mes entero de permiso, como premio por el éxito de su misión.

Brincaron todos de contento al oír todos las palabras del general Watson.

Cuando éste cortó la comunicación, Matthew abandonó el puente, con la doctora Carey, a la que había rogado que le acompañara. Fuera ya del puente, ella preguntó:

—¿Adónde me lleva, comandante...?

—A mi camarote.

—¿Para qué?

—Quiero celebrar con usted, a solas, el éxito de nuestra misión.

—¿Me va a invitar a champaña...?

—Lo siento, pero no tengo ninguna botella en mi camarote.

—¿Cómo lo vamos a celebrar, entonces...?

—Como deben celebrarlo un hombre y una mujer que se gustan mutuamente.

—¿Haciendo el amor?

—Eso es.

—¿No dijo usted que el comandante de una astronave no debe dedicarse a conquistar a las mujeres de la tripulación...?

—Sí, lo dije. Por eso fui a su casa, doctora. Y allí la conquisté, no aquí. En mi camarote sólo vamos a hacer lo que hubiéramos hecho en su casa, de no habernos interrumpido las dos semanas de permiso.

—¿Cómo sabe que me ha conquistado, comandante…?

—Lo supe cuando la besé en la piscina. Usted me devolvió el beso. Y permitió que le acariciara los senos.

—Eso no significa necesariamente que…

Matthew la besó de pronto y la abrazó con fuerza, delante ya de su camarote. Después, la miró a los ojos y confesó:

—Te quiero, Deborah. Y sé que tú me quieres también. Atrévete a negarlo, anda.

—Mentiría —sonrió ella, y ahora fueron sus labios los que buscaron los de él.

Matthew la estrechó de nuevo con pasión.

Con la misma pasión qué, apenas unos minutos después, hacían los dos el amor.

FIN

(1) Superficie brillante del Sol. Es la zona que parece arder en el cielo, compuesta, en su mayor parte, de los gases hidrógeno y helio.

(2) La escala Kelvin, o escala absoluta, inicia la cuenta en los -273 grados centígrados.

(3) Capa exterior del Sol, formada por gases que lo envuelven de manera semejante a como la atmósfera envuelve a la Tierra. La temperatura, allí, es de 6.000 grados centígrados, como en la fotosfera.